
JOSE DE LA LUZ CABALLERO Y SU BIOGRAFO.

(CORRESPONDENCIA).

I.

Habana, Julio 1º de 1885.

Sr. D. José Ignacio Rodriguez.

Washington.

Mi distinguido y muy querido amigo:

En el último número de la REVISTA CUBANA, que en esta ciudad dirige el Sr. D. Enrique José Varona, ha visto la luz un artículo mio sobre D. Pepe. Se lo remito á usted por el correo para que se sirva hojearlo y escribirme su opinion. En él aparezco en desacuerdo con usted sobre varios puntos, que juzgo secundarios. Pero como hablo del libro de usted (primera edicion), y como el «canevas» del trabajo me lo ha proporcionado el libro de usted, me ha parecido que debia remitírsele. En el fondo creo que no distamos mucho. Por supuesto, no conociendo, como pudo usted conocerle, á D. Pepe, pues que cuando él murió yo era muy niño, no he podido pretender en ese trabajo «retratarlo», sino producir en el lector *la impresion* que yo tengo de

su persona, al través de mis recuerdos, y de lo que sobre él he leído ú oído.

No sé si he alcanzado mi objeto; pero sí me parece que al ménos se descubre mi intencion de estudiar al hombre grande, como la mejor manera de honrar su memoria, y de procurar que los demás piensen en él, y busquen y lean lo que sobre él se ha publicado.

He creído ser sincero, y he hablado del libro de usted con el corazon en la mano. Puede ser que no haya tenido acierto en nada; pero me consuela haber tenido en todo intencion sana y recta.

Sea usted, á su vez, respecto á mi humilde trabajo, no benévolo, como lo fué siempre conmigo; sino severo.

Por lo demás el mismo artículo de la REVISTA es buena prueba de que nunca lo olvida su affmo. amigo y antiguo discípulo.—*Manuel Sanguily.*

II.

Colman House.

Asbury Park, N. J.

Agosto 3 de 1885.

Sr. D. Manuel Sanguily.

Habana.

Mi estimado amigo:

La apreciable de usted del primero de Julio, y el número del periódico denominado REVISTA CUBANA, correspondiente al 30 de Junio, que tuvo usted la bondad de enviarme, llegaron á mis manos, con algun retardo, en este punto de la costa, donde estoy pasando el verano. Por esc, y por la frecuencia con que ocupaciones perentorias me han hecho ir en estos dias á New-York, no me ha sido posible ántes de ahora, acusar á usted el recibo de sus dos favores, y darle las debidas gracias.

Confieso que me cuesta trabajo armonizar la declaracion que hace usted en su carta, cuando dice: «En el fondo creo que no distamos mu-

cho», y la aseveracion contenida en el artículo de que mi libro y mi pintura de D. José de la Luz y Caballero son una «adulteracion pecaminosa de una gran figura», y una «impostura», por la que el libro produjo no sólo «desagrado», sino «indignacion», «maldiciendo» muchos el esfuerzo literario y patriótico por él representado, y aparejando la necesidad de que álguien venga á «vindicar la memoria tan mal tratada» del gran cubano.

Confieso tambien que no me es dable comprender fácilmente cómo pueda compaginarse con los asertos de usted en aquel artículo, que supongo tuvieron por objeto corregir mis errores, y desvirtuar la pecaminosa adulteracion hecha por mí, y que están formulados con el tono de autoridad y firmeza que es natural y legítimo cuando se trata de *vindicar* una memoria mal tratada, y desmentir «imposturas», aquella verídica á la par que sincera manifestacion, contenida en su apreciable carta, cuando me dice: «Por supuesto, no conociendo, como pudo usted conocerle, á D. Pepe, porque cuando él murió yo era muy niño, no he podido pretender en ese trabajo retratarlo, sino producir en el lector la impresion que yo tengo de su persona, al través de mis recuerdos, y de lo que sobre él he leído, ú oído».

La verdad es, y lo digo con sentimiento, que casi no hay concepto en el libro de usted que yo pueda prohiar sin repugnancia; y que la pintura de D. José de la Luz debida á esa «impresion» de usted, que usted desea inculcar, y la que yo hice, debida á conocimiento personal, y estudios sérios, aunque manchados por el pecado, segun usted afirma, difieren tanto, y tan absoluta y radicalmente, como difieren las doctrinas que usted trata de propagar en su artículo, y las que defendió y propagó el hombre ilustre que puso su Colegio bajo el amparo del Salvador del mundo, y que dijo no concebir civilizacion posible sin el auxilio del Cristianismo.

Aquel gran maestro, que á los 38 años de su vida era todavía, «en sus creencias sustanciales», segun usted afirma, no sólo «el clérigo de los veinte años», sino el fráile, «el hijo de San Francisco, humilde y sumiso»,—y que á los 50 años, por virtud del dolor y de los padecimientos físicos, segun usted explica, volvió á las andadas, dejando «surgir en él el hombre primitivo» y «renacer el antiguo tema», por lo

que denomina usted de *misticismo* á ese período de su vida,—no creyó nunca, como usted parece creer, que «Dios es una concepcion humana», y «una idea que los hombres se forjan», ni que el «cristianismo es una mezcla híbrida de multitud de sectas y sistemas», y una «síntesis absurda». Se debe á su memoria, y á la verdad, el reconocimiento explícito, de que muy por el contrario, creyó siempre, y mantuvo, y procuró inculcar en sus alumnos (con poco fruto por lo que veo en el caso particular de usted) que hay un Dios personal que *hace*, y que *manda*, y *dirige*, é *inspira*, y tiene todos los atributos que explica el catecismo; y que la doctrina del Cristianismo es divina, y la única fuente de verdad, de progreso, y de justicia en este mundo.

El incidente que usted cuenta, tal vez con algun adorno, de haberse él apresurado á impedir que usted continuase enseñando doctrina cristiana, tan luego como supo la falta de respeto, que usted confiesa haber cometido, contra el dogma fundamental de todas las sectas cristianas, que es el dogma de la Santísima Trinidad, prueba bien el laudable celo con que velaba siempre por la conservacion de la doctrina.

Yo por mi parte, y vea usted hasta dónde llegan mi atraso y mi pecado, no ceso de contemplar con tristeza, además de la situacion moral y material, á que ha llevado á nuestra pátria lo que usted llama *la accion*, que dice usted que tenía «que serlo todo, y lo mejor, y lo único», las tentativas, que ruego á Dios sean vanas, de reconstruir nuestro país, en lo intelectual y lo moral, sobre las bases de que no hay Dios, de que el Cristianismo es un absurdo, de que el hombre es simplemente un animal en un grado de evolucion más perfecto, y de otras doctrinas del mismo, ó semejante, jaez.

Me parece tambien, por la idea que tengo del carácter de usted, generoso y exaltado, que si Dios se sirve conceder á usted la larga vida que le deseo, y medios abundantes y legítimos de fecundar convenientemente las hermosas facultades de inteligencia y de corazon que existen en usted, llegará un dia en que le duela á usted haber dicho muchas cosas que se leen en su artículo; y sobre todo, y eso ciertamente desde ahora, haber lanzado (lo que nadie se habia atrevido á hacer ántes de usted) la acusacion de falsedad que se desprende de su

escrito, contra el testimonio, fehaciente en el orden legal, del Cura párroco que registró la partida de defuncion de D. José de la Luz. Por adelantado en ideas que uno sea, me parece que se debe titubear un poco ántes de lanzarse á afirmar que dijo mentira un hombre honrado, constituido en autoridad por la Iglesia, y por el Estado, al certificar que D. José de la Luz recibió al morir uno de los sacramentos cristianos, ó para hablar más claro, que confesó sus pecados á un sacerdote, y recibió de él la absolucion.

Si la vida de D. José de la Luz, fué en su juventud, como usted dice, «una vida levítica»,—si hasta los 38 años se vió siempre en él como usted afirma, no sólo el clérigo, sino el obediente y sumiso fraile de San Francisco,—si luego en 1850, á la muerte de su hija, y despues, recayó como usted escribe, en el *misticismo*, y fundó su colegio en el Cerro, sobre las bases de la oracion á Dios, la enseñanza del catecismo de Ripalda, y las otras cosas que merecen la censura de usted,—me parece que habria lugar para creer que á la prueba directa del registro parroquial ha venido usted á añadir por sí mismo, otra prueba de gran peso, circunstancial y corroborativa, de que es verdad lo que el párroco certifica, y no es verdad lo que usted afirma, sin conocimiento directo y personal, y sólo por oidas.

En cuanto á mí, personalmente, puede usted estar confiado, mi estimado amigo, que la crítica de usted, no importa cuán severa, no ha dejado en mi ánimo impresion alguna desfavorable. Ni contesto, ni contestaré nada de lo que usted dice, ó quiera seguir diciendo. La respuesta se la dejo á usted mismo, apelando del Papa, al Papa mejor informado. Pero ahora lo mismo que ántes tiene usted en mi pecho además de una buena porcion del intenso amor que me inspira todo lo que pertenece á Cuba, el particular cariño que tuve por usted desde que por encargo del mismo D. José de la Luz lo llevaba yo á usted, un tierno infante, desde la casa del Colegio hasta la casa del Sr. Pizarro, donde usted moraba.

Soy de usted affmo. amigo y s. s. q. b. s. m.—*José Ignacio Rodriguez*. P. O. Box nº 206, Washington. D. C.

III.

Habana, Setiembre 28 de 1885.

Sr. D. José Ignacio Rodríguez.

Washington.

Mi respetable amigo:

El 15 del corriente recibí la carta de usted que se refiere á la que le escribí para remitirle el número de la REVISTA CUBANA en que se inserta mi artículo sobre «José de la Luz y Caballero».

Desde luego me puse á contestarla; por razon de cortesía, y porque usted ha sido injusto conmigo, incurre en error y me infiere agravios; pero he suspendido mi respuesta, ántes de concluirla, por haberme enterado de que su carta original ya la habia leído aquí alguna persona, cuando aún no habia llegado á mis manos, y que pudieron otras hacer lo mismo, despues, en una cópia que estuvo en la Direccion de un diario de esta ciudad; y temeroso de que resulten ciertos mis informes, creo de mi deber solicitar de usted su permiso para publicar su carta y mi contestacion, pues que sólo así se conocerán de una manera legítima y al mismo tiempo más equitativa.

En la esperanza de que usted se servirá acceder á mi justo deseo, quedo de usted affmo. s. s. y amigo Q. B. S. M.—*Manuel Sanguily*.

IV.

New-York, Octubre 15 de 1885.

Sr. D. Manuel Sanguily.

Habana.

Mi estimado amigo:

Aquí me llegó la apreciable de usted, solicitando cortésmente mi autorizacion para dar al público la que tuve el gusto de escribirle en Asbury Park, N. J., hace algunas semanas.

Aunque no veo claro qué bien pueda resultar para nadie con el

hecho de la tal publicacion, ni con el de que exista un testimonio adicional de nuestra profunda y radical diferencia de pareceres,—no puedo, sin embargo, considerarme con derecho á oponerme á su voluntad.

Deseo, empero, que quede constante de un modo claro, que el no objetar á la publicacion de mi carta, no significa la menor intencion de parte mia de *contestar al artículo* de usted sobre mi «Vida de D. José de la Luz y Caballero».

Yo he contestado la carta particular que usted se sirvió escribirme, nó, el artículo publicado por usted en la REVISTA.

No entra en mis planes, por ahora al ménos, empeñarme en una polémica con usted, ni con nadie, en defensa de lo que he dicho en mis libros;—y mucho ménos, esté usted cierto de ello, dejarme arrastrar á ella. *Quod scriptum, scriptum*. Y si lo escrito es verdad, usted sabe mejor que yo, que cuanto se diga, así para atacarlo, como para defenderlo, no conducirá á más resultado que el de producir algun ruido, más ó ménos fugaz, dentro del círculo más ó ménos limitado en que la crítica, ó la defensa ha tenido lugar. Pronto se serenán las aguas agitadas por el choque de la piedra que hirió su superficie; y las cosas quedan como ántes.

Haga usted, pues, como le plazca con mi citada carta de Asbury Park, N. J., lo mismo que con esta; y créame suyo atento amigo y servidor.—*José Ignacio Rodríguez*.

V.

(CARTA ABIERTA).

Habana, Noviembre 12 de 1885.

Sr. D. José Ignacio Rodríguez.

Washington.

Mi respetable amigo:

Doy á usted las gracias por haberme concedido el permiso que solicité de usted para dar al público su carta de Asbury Park y mi contestacion. El bien que haya de resultar «de la tal publicacion» lo veo muy claro, por mi parte: su carta es ya conocida, y deseo legítima-

mente que se conozca también mi respuesta. Este fué sin duda el justo motivo porque no pudo usted considerarse con derecho á oponerse á mi deseo. Pero hay un bien más alto que el que reporta mi oscura personalidad. Por más que usted créa no haber contestado sino la carta particular que le envié junto con la REVISTA, en ella contesta también mi artículo, á él se refiere principalmente, y de él copia á la letra frases enteras para impugnarlas ó desmentirlas. Está, pues, de por medio la personalidad superior de José de la Luz Caballero.

Comprendo que no haya para usted al ménos, ningun bien en la publicacion de estas cartas. En cambio, lo hay, y muy grande, para mí, pues que me interesa poner en claro que no he desfigurado al insigne cubano, ni ménos que haya mentido en ningun lugar de mi artículo, como usted con tan singular audacia me dice. De ello resulta, al mismo tiempo un bien público, puesto que se aclaran y fijan algunas circunstancias de la vida de José de la Luz Caballero; lo que supone, desde luego, que no soy yo quien créa que sea verdad todo lo que usted escribió. Lo escrito, escrito queda siempre; pero los errores que se cometen, por escrito ó de palabra, pueden, del mismo modo, corregirse, y esto, al cabo, ya es algo. Que no quiera usted empeñarse en polémica, ni conmigo, ni con nadie, lo comprendo y áun lo aplaudo; mas, bueno es que usted sepa que tampoco he pretendido, ni pretendo arrastrarlo á que lo haga; porque no quiero, ni he querido nunca hacer ruido, ni ménos ruido fugaz. Si usted (que todo cabe en lo posible) sólo se excusa porque no encuentra en mí contrario bastante, tiene usted razon en no entrar en la liza, porque así es; y aunque no lo sea, cada cual tiene el derecho de mirarse de piés á cabeza y de encontrarse enorme, como lo tiene también de asomarse al espejo y sonreír de solitaria satisfaccion.

La carta que le remití á usted conjuntamente á la REVISTA de 30 de Junio, tiene su explicacion. Como la biografía publicada por usted me habia servido de abundantísima fuente para escribir mi artículo consideré deferente y cortés el enviarle aquel trabajo mio; y porque en algunos particulares, de mayor ó menor importancia, me colocaba en contradiccion con usted, obedecí á las inspiraciones de la lealtad apresurándome en la remision del periódico referido, á fin de que

conociese usted el artículo cuanto ántes, y precisamente por mi conducto.

Si en el natural—aunque no *sustancial*—desacuerdo que tenía que resultar del exámen de un mismo asunto por dos individuos de condiciones diferentes y colocados en distintos puntos de vista, me habia yo equivocado y, por lo mismo, incurria en error; si las doctrinas por mí aceptadas, eran falsas y perniciosas, y si por todo ello cometia alguna falta y—lo que al caso importaba más—hacía una interpretacion equivocada del carácter moral é intelectual de José de la Luz Caballero, de sus ideas y de sus tendencias,—ocasion oportuna se le ofrecia á usted para corregirme y enseñarme, para ilustrar al público y para confirmar, en su conjunto y pormenores,—como legítima é irreprochable,—la concepcion que usted tiene y expuso en su libro, del hombre superior que se llamó José de la Luz Caballero. Haberla desaprovechado es una debilidad que puede traducirse por falta de convencimiento; como emplear la ofensa y el desdén, en vez de argumentos verdaderos y de pruebas convincentes, es una inconveniencia que puede traducirse por falta de razon. Así, sin embargo, ha procedido usted sin que nadie haya provocado, ni pueda nada justificar actitud tan incomprensible, sobre todo en quien, al mismo tiempo que insulta y desprecia, alardea de intenso espíritu cristiano. Si el cristianismo es tan ineficaz para hacer que el hombre sea el mismo por fuera que por dentro, no vale la pena que usted se toma en recomendarlo.

Por fortuna, la humanidad no necesita ser cristiana para perdonar las injurias (1), y yo le perdono á usted las que ha pretendido inferirme, tan de buena voluntad, como que estoy persuadido de que aquella carta suya, destituida por completo de serenidad y atestada de afirmaciones y negaciones, tan terminantes cuanto gratuitas, ha sido un arranque inmeditado de pasion; aunque, por otro lado, no me sea fácil congeturar que haya podido producirlo. No me sorprende, sin embargo; porque ya estaba de antemano convencido de que la suya es

(1) O acaso, porque como decia Lacordaire, «el Cristianismo es tan viejo como el mundo»;—ó porque, como afirmaba Lessing, «lo que en él hay de verdadero, *no es nuevo*; y lo que tiene de nuevo, no es verdadero»; idea que está en el fondo de la gran obra de Mr. Havet, *El Cristianismo y sus Origenes*.

una naturaleza eminentemente pasional y muy propensa á la exaltacion.

Del contexto de aquella su carta de Asbury Park, aparezco yo,—desleal, antojadizo y (por las insinuaciones del párrafo final) desamorado é ingrato; así como—por ella juzgando—fué mi intencion, al escribir en la REVISTA, atacar el libro de usted. En su carta del 15 de Octubre, lo confirma usted, al usar esta expresion: «artículo de usted sobre mi *Vida de D. José de la Luz Caballero*;»—lo cual es erróneo, siendo así que el libro de usted fué un incidente nada más, que ocupa sólo una seccion de mi artículo.

A más de esto, en el sentir de usted, á ocasiones falto á la verdad, es decir, miento; lo que si no es cortés, en cambio es muy arbitrario; resultando tambien que yo me sirvo de la grande y querida memoria del maestro, no ya sólo para adulterar las creencias que profesó él durante su vida, si no con el ánimo traidor de propagar doctrinas contrarias á las que quiso siempre inculcar en su país. No es á mí, desde luego, á quien cuadra esta última imputacion. De usted, y precisamente en este propio asunto, lo he oido asegurar por varias personas, y yo ni lo repetí, ni siquiera he querido creerlo.

Basta leer todo mi artículo para notar que no tuve el propósito de difundir doctrina de ninguna clase. Me siento incompetente para esa empresa del apostolado científico y estoy, además, tan penetrado de que los hombres no aceptan otras creencias que las que les permite la peculiar organizacion de su cerebro, que áun cuando mi ignorancia no fuese tan grande, estimaria ocioso, por mi parte, hacer ninguna especie de predicacion. Puede usted, por consecuencia, estar seguro de que es la verdad que sólo quise y procuré *exponer* la personalidad de José de la Luz Caballero, tal y como la concibo «al través de mis recuerdos y de lo que sobre él he leído ú oido», sin otra mira que complacerme en ese tributo de cariñosa recordacion, é inspirado del mismo sentimiento con que otros van á los cementerios á regar flores y depositar coronas sobre las tumbas.

Lamento, por lo mismo, que usted,—ya que se sirvió leerme,—lo haya hecho tan sin reposo y, por tal motivo, me haya entendido tan contrariamente á mis palabras é intencion, que se resuelva á manifestar

que en mi artículo (y nó *libro*, como escribió usted al correr de la pluma) no hay casi un concepto sólo que pueda usted «*prohijar sin repugnancia*». No obstante, sigo pensando que la pintura que hizo usted de José de la Luz Caballero, y la imágen que he trazado, para reproducir «*la impresion que yo tengo de su persona*»,—no «difieren tanto y tan radicalmente», como usted lo pretende; al contrario, insisto en figurarme que usted y yo «*en el fondo, no distamos mucho*».

En lo que sí reconozco que no nos encontramos muy próximos usted y yó, es en la esfera de las ideas y en los sentimientos que hacemos entrar, respectivamente, en juego al emitirlas:—usted es católico, y áun sospecho que ultramontano. Yo hace tiempo que miro, sin miedo, ni asombro, las iglesias establecidas, como miro todos los fenómenos naturales, y procuro enterarme de los dogmas religiosos, y de sus *variaciones* y sus *migraciones*; aunque todo ello con la más completa indiferencia, si bien con infinita curiosidad. El mundo es divertido, como uno esté saludable y no se deje arrastrar por las palabras. Por ellas hasta se ha derramado sangre, hasta se han encendido hogueras, y al cabo ¿para qué? Todo pasa, y si bien se mira, en el fondo de todo para el hombre, no aparece más que una implacable ironía.

Su carta, en cambio, (que todo no ha de ser lo mismo)—descubre en usted una santa devocion, rayana, en fuerza de su propia intensidad, con el fanatismo, dicho sea sin mofa, ni menosprecio,—que yo sé muy bien que los grandes ardimientos han sido en el mundo los únicos móviles creadores y fecundos.

Pero con ese temperamento ha sido imposible, acaso, que usted me leyera de otro modo que lo ha hecho. Sensible es; porque, de no haber sido así, habria usted podido «*armonizar*,—al revés de lo que me participa,—las declaraciones de mi carta de 1º de Julio, con las aseveraciones contenidas en mi artículo, y no me hubiera atribuido la especie de que su libro y pintura de José de la Luz Caballero «son una »adulteracion pecaminosa de una gran figura, y una impostura, por lo »que el libro produjo, no sólo desagrado, sino indignacion, maldiciendo muchos el esfuerzo literario y patriótico por él representado y «aparejando la necesidad de que álguien venga á vindicar la memoria «del gran cubano».

De varios lugares de mi artículo,—tomando frases de aquí y de allá, quitándolas de su lugar preciso y desencabalgándolas de las que les siguen y de las que les preceden,—está formado el párrafo de la carta de usted, que acabo de copiar; y claro es que así,—forzándome usted á escribir lo que no quise, ni dije,—tiene usted cumplidísima razon.

Semejante proceder es, empero, absolutamente ilegítimo, y la interpretacion que, por su medio, se hace, tiene que resultar, por fuerza,—violenta, errónea, falsa.

Véome, por tanto, obligado á hacer un esfuerzo, á guisa de demostracion, explicando, párrafo por párrafo, la primera seccion de mi artículo, rotulada *La Biografía*, por ver si logro poner en claro que si en realidad hubo algo personal que justamente pudiese haberle ofendido á usted, debió en todo caso atribuirse á mi inhabilidad para expresarme, y de ningun modo á mala voluntad, ni á pretensiones nécias, de mi parte.

En el primero de aquellos párrafos (REVISTA CUBANA, página 524), refiero que leí en New York la *Vida de D. José de la Luz y Caballero*, escrita por usted,—á los tres años de haberse publicado, tiempo suficiente para que se hubiese formado sobre ella una opinion entre los emigrados de Cuba. Al emprender yo su lectura, y sin darme cuenta de ello, estaba completamente prevenido: «habia sufrido la influencia del círculo de cubanos entre quienes vivia», algunos de los cuales eran amigos de usted y pretendian conocer á José de la Luz Caballero. Por eso, al formular mi juicio sobre el libro, «sólo repetia lo que otros habian *sentido* más que pensado» (página 524). Todavía «un año más tarde», me hallaba bajo aquella influencia, y pensaba, *entónces*, que era la obra de usted «la adulteracion pecaminosa de una gran figura, del que habiendo dejado de contarse entre los hombres, seguia siendo un guía, UN SÍMBOLO . . .» (página 525). Por igual causa, cuando «un discípulo directo del gran educador» me decia que juzgaba *buena* la biografía compuesta por usted, «hubo de desagradarme sobremanera».

El siguiente párrafo está, si usted quiere, un tanto oscuro; pero no cabe duda de que envuelve su grano de sal para los que hablan mal

del libro sin haberlo leído. Desde luego me contraigo á una época posterior á la primera: «han pasado *ahora* ocho años». El resultado inmediato de ese trascurso de tiempo, es un elogio, más ó menos exagerado, del «discípulo directo» que encontraba «bueno» el libro de usted, con independencia de criterio, cuando así no pensaban muchos compatriotas suyos, á los cuales, en el final del párrafo cuarto, y por consideraciones ajenas al aspecto literario del asunto, trato justamente de disculpar.

Formulo, en el quinto, mi juicio, y llevo mi sinceridad al extremo de confesar que procedo «en mejores condiciones de ánimo». Descontentadizo en grado sumo ha de ser usted si no encuentra muy halagüeña la declaración de que «pocas obras se han inspirado en más amor y mayor respeto hácia un hombre».

Indico seguidamente por qué siendo el de usted un libro de esas condiciones, produjo, sin embargo desagrado y áun indignación, lo que es real y positivo; y me parecía encontrar el motivo en la inoportunidad de proponerse como un modelo al insigne cubano, tal como en él aparece, y de recomendársele «como el ejemplo más propio de seguir é imitar *en la ocasion excepcional* en que se le ofrecia á un pueblo arrebatado en un torbellino en que la acción *tenía que ser* todo, lo mejor y lo único, además». (página 525).

Publicó usted su libro en 1874. Por entónces la isla de Cuba se hallaba en el sexto año de una lucha difícil y sangrienta: necesitaba, pues, «un Epaminondas, ó un Viriato»: Usted, en cambio, le brindaba en su libro con «un Sócrates, ó un Cristo», cuyo lema era, segun afirmaba usted, «*ni guerra, ni conspiracion de ningun género*». (*Vida de Don José de la Luz*, página 208).

Declaraba usted también, que José de la Luz Caballero «por su *espíritu cristiano* que ennoblecía y *santificaba el patriotismo* ardiente que sentía», anhelaba para su país el progreso, «pero quería que se consiguiese como se consigue en Inglaterra, *sin sacudidas, sin violencias, sin ruina, sin trastorno, sin efusion de sangre*» (loc. cit.). Lo que equivale por otro lado, á presentarlo utopista é ignorante, porque semejante ensueño no se ha realizado ni en Inglaterra, ni en ninguna parte.

Mas, asegurar, por consecuencia, en momentos tan graves y dolorosos, que «el ejemplo que proporciona el Sr. Luz *es más que nunca necesario*» (página 281), naturalmente debió ser motivo sobrado de seria alarma y de disgusto. Aquellas frases, y todo el libro, en que se llamaba *bárbaros* (página 208), á los hombres que derramaban generosamente su sangre y sufrían penalidades y miserias indecibles, con inaudito heroísmo, pudieron parecer, la condenación más terminante, en nombre de José de la Luz Caballero, y del espíritu cristiano (1), de la obra revolucionaria que, para el corazón de mucha gente, representaba tanta verdad y tanta grandeza moral. El libro de usted hirió, por lo tanto, el sentimiento noble y respetable de muchos de sus compatriotas, y era también posible que temiesen que perjudicára en algun modo, la empresa magna en que tantos se hallaban empeñados y comprometidos.

Demás de esto, la obra de usted fué *una revelación* para la mayoría de sus lectores cubanos; porque creíase generalmente que José de la Luz y Caballero era, á más de hombre sábio y bueno, un revolucionario. Semejante creencia carecía, desde luego, de base, cierta y averiguada; pero en Cuba no se comprendía, ni se comprende, el patriotismo sincero divorciado de la revolución, y en tal concepto se amaba y veneraba la memoria del ilustre educador, y era su nombre el *símbolo* de las virtudes y las aspiraciones más enérgicas del pueblo cubano, por lo que se le concebía como «un hombre ornado con todas las perfecciones, que fué, además, el primero en prever un tiempo glorioso y

(1) Con razón, á lo que parece, ha dicho E. Renan:

«El Cristianismo no ha inspirado á ningun Espartaco; el verdadero cristiano no se subleva». (Marco Aurelio, página 613).

«Los derechos del hombre en nada son una cosa cristiana. San Pablo reconoce completamente la legitimidad de la posesión en el amo. Ni una palabra, en toda la antigua literatura cristiana, para predicar la rebelión al esclavo, ni para aconsejar al dueño la emancipación, ó solamente para agitar el problema de derecho público que hace nacer entre nosotros la esclavitud. (Marco Aurelio, página 606).

«El Evangelio forma fieles, no ciudadanos» (Ibid, página 591).

«El valor militar, que, según el Germano, es lo único que abre la Walhalla, no es una virtud á los ojos del cristiano». (Ibid, página 595).

Bossuet, sin embargo, creyó que «la ciencia del Cristianismo tiende á la práctica y á la acción».

el único capaz de haberse consagrado durante el resto de su vida á desearlo y prepararlo. (REVISTA CUBANA, página 526).

Sus mismos discípulos, de esos que he llamado «directos», consentían tal interpretación, cuando nó la avivaban y propagaban. Así, dos años incompletos ántes de aparecer el libro de usted se leía en un periódico dirigido por Enrique Piñeyro, y bajo el epígrafe de *José de la Luz*, frases como la siguiente: «á quien *los cubanos unánimemente* consideran como *el gran precursor* de la actual transformación política y social de la isla de Cuba». (*El Mundo Nuevo*, vol. II, Núm. 32, página 115, año 1872). *Precursor*, lo he llamado yo también en mi artículo (REVISTA, página 526): ya vé usted que no estoy completamente sólo.

Pero donde vá más léjos quizás, que usted y que yo *El Mundo Nuevo*, es en estas otras frases: «dirigió primero un colegio, y fundó despues otro cuyo título, «El Salvador», *llenó al pié de la letra*, sembrando entre la juventud cubana doctrinas científicas y morales, que elevaron el nivel intelectual *de toda la Isla*, y encendieron en el pecho de los jóvenes *ideas viriles de independenciam y libertad*, cuyos generosos resultados pudieron verse apénas estalló la insurrección de 1868». (loc. cit.).

El artículo es probablemente un escrito de circunstancia, plagado, por cierto, de equivocaciones, como el colocar en la lista de alumnos ó profesores del Salvador los nombres de Antonio Zambrana é Ignacio Agramonte, acaso porque hacian gran papel en aquel momento, el uno fuera y el otro en el campo insurrecto; pero no puede negarse que es un escrito de *propaganda*.

Pocos meses despues, se publicaba en New York, en 1873, un libro de Antonio Zambrana, con un prólogo del mismo Piñeyro, en que se juzga imparcial al autor y se reconoce su obra como *un servicio á la causa cubana*; es decir, otro trabajo de *propaganda*, en el cual se lee la siguiente especie: «La enseñanza *evangélica* de José de la Luz Caballero, que educó á sus discípulos *en el ódio* de los españoles, como éstos con insistencia han asegurado; pero sólo porque los educó en el amor de la verdad y en la disposición de sacrificarse por la justicia...» (*La República Cubana*, página 5).

Eso ocurría en el seno de la emigración. Desde varios años antes, los discípulos y muchos que no lo eran, con insinuaciones y reticencias, fueron poco á poco, en artículos de periódicos y en discursos, contribuyendo á formar la leyenda y á levantar el ídolo. Los españoles contestaron, al cabo, con ódio implacable á la querida memoria, y eso mismo vino naturalmente á ser como una especie de póstuma consagración, como la justificación de la creencia popular y patriótica. El nombre ilustre tomó así una acepción política definida, al extremo de que resonó en los comienzos de uno de los dramas más sombríos que han ocurrido en Cuba, con ese mismo carácter y significación. (Véase, si nó, la página 21, de un folleto sobre los Estudiantes de Medicina, publicado en Madrid, en 1873).

Había, por lo visto y algo más que sería fácil añadir, *una opinion ya formada*, eminentemente política, en unos inspirada por el ódio, en otros por el amor, cuando vió la luz el libro de usted. En frente de aquella concepción de equivocado, pero piadoso patriotismo, ese libro presentaba, poco más ó menos, en el comun sentir, un espíritu diverso, un hombre muy distinto: en vez del sábio moderno, algo así como un monge de la Edad Media con el cerebro petrificado en el catolicismo; en vez del cubano ardoroso en levantadas aspiraciones, un soñador de lo imposible, condenando la realidad, en nombre de utopías que han sido siempre la excusa de *los frios*, de los egoístas, y de los cobardes, quienes, para su fortuna, casi siempre viven bien, engordan y suelen alcanzar la longevidad.

Su libro, fué, por tanto, para el mayor número, una triste decepción, como había parecido ser también una agresión y una ofensa á la revolución cubana, ya que no su condenación más lastimosa.

El símbolo desapareció, desde luego; el ídolo se vino abajo y se apagaron los cirios del altar abandonado; pero quedaron el desabrimiento y la amargura que, en semejantes circunstancias, son naturales en los individuos y en las colectividades.

Quien sin prevención haya leído los párrafos de mi artículo en que apunté someramente, ó insinué, todas estas consideraciones, y en particular el que les sigue, que es el sétimo, ha de convenir en que es ciego, ó procede de mala fé, el que se empeñe en sostener que yo es-

cribí para impugnarle á usted y vindicar de camino la memoria de José de la Luz Caballero: «La obra de José Ignacio Rodríguez tiene el mérito de haberse escrito con materiales reunidos, merced á no pequeña diligencia, desde una emigracion y en circunstancias en que era trabajoso y expuesto mantener correspondencia con la isla de Cuba, donde estaban los documentos que se necesitaban. Hay en ella capítulos, como el XVII, *notabilísimos* y dignos de fijar la atencion. En *todas* las páginas del volúmen se siente palpitar el corazon del autor, que es el de *un cubano* que *ama* la justicia y las glorias legítimas de su pueblo natal y que siente todavía *afecto tierno* hácia el hombre grande que retrata, como si estuviese bajo el ascendiente real de su persona; y *del conjunto* del trabajo se recibe *una impresion gratísima del educador*, del *maestro*, el cual *aparece* como un fenómeno extraño y apenas explicable, pues lo será siempre positivamente la existencia de un hombre *tan bueno, tan desinteresado, tan lleno de religiosidad*, en medio de la sociedad de su tiempo, incrédula, irreligiosa y materializada; y la aparicion de un pensador tan penetrante y tan sólido, donde casi no existia ninguna tradicion de esfuerzo mental». (REVISTA, páginas 526 y 527).

Parecióme casi *entusiasta* la celebracion, por lo que, temeroso de que el lector pudiese suponer que yo consideraba intachable la obra de usted, cuando no habia tal en realidad, agregué inmediatamente: «No quiere esto decir que el libro carezca de errores: los tiene, y *alguno* de importancia; pero *en lo principal*, en *las líneas generales*, el cuadro es *exacto* y bastante *completo*». (loc. cit.).

Luego, reconozco sin rodeos que ese libro de usted «es lo único realmente sério que se ha producido hasta el presente sobre José de la Luz Caballero», y—á renglon seguido—me refiero, no por cierto con excesiva cordialidad, á los que «estiman una *impostura*» la obra de usted,—para reconocer que, al cabo, usted conoció de cerca al «maestro de la juventud cubana», y puso por escrito sus propias impresiones, por lo que, cuando ya se haya olvidado el efecto que generalmente produjo su libro, porque nadie se resolvió á impugnarlo ó combatirlo,—será, al fin y á la postre, el documento á que tenga todo el mundo por fuerza que acudir. Y, como en corroboracion de este

aserto, salta á los ojos que mis datos, en proporcion considerable, están tomados de su libro, al punto que desde la página 527 á la 563, lo cito *veinte y siete veces*. Ese volúmen fué una de las muchas cosas que *leí*, á más de otras que *oí*, para formar mi opinion; por eso tambien, pude decirle que «el *canevas* del trabajo me lo ha proporcionado el libro de usted». Así es que sería imposible que *sustancialmente*, ó «*en el fondo*», como yo decia, no apareciese lo mismo, poco más ó ménos, José de la Luz Caballero en mi artículo que en aquel libro.

Existen, por de contado, algunas diferencias, y sostengo que son originadas por errores que usted cometió,—errores *de hecho*, y errores de apreciacion, ó *de crítica*.

Es natural que en la obra de usted se adquirieran más pormenores que en mi artículo: un libro ha de ser por fuerza más minucioso que un artículo de revista. Usted ha dibujado un cuadro: yo he trazado un boceto. Intenté *explicar* el carácter de José de la Luz Caballero y señalar la evolucion de su espíritu; si no lo logré, lo ignoro hasta el presente; porque nadie me lo ha dicho: usted, que pudo hacerlo, pues que lo autoricé hasta para que fuera *severo*,—en vez de hacerme una crítica, me lanza un anatema. Su carta no es un exámen, es una bula. De manera que el esfuerzo que hizo al escribirla, ha resultado inútil. Hoy las bulas son cosas inocentes, en sí mismas, y desde há larga fecha ni se compran, apénas, ni suelen siquiera quemarse.

Dados estos antecedentes, y lo que resuelve en su carta de 15 del mes pasado,—usted seguirá su camino, y yo el mio; pero me queda el consuelo de imaginarme que si usted no intentó rebatirme, fué porque no pudo. Con efecto, se me hace muy cuesta arriba creer que usted prefiera un hombre que á pesar de su talento y sabiduría, no pasa de ser un mal sacristan,—á un sér superior, humano, y, por ende, modificable: *católico* durante un período de su vida;—pensador casi *heterodoxo*, en otro;—*místico*, más adelante; aunque *siempre* esencialmente religioso, en la acepcion séria y respetable de la palabra.

El uno es el retrato hecho por usted: el otro es el boceto trazado por mí.

Segun usted sostiene, José de la Luz Caballero fué *siempre* católico, apostólico y romano.

Segun yo pienso, eso es *arbitrario*, inexacto, é imposible, por añadidura.

Este es uno de los errores *de crítica* en que ha incurrido usted.

Segun usted, José de la Luz Caballero, próximo á morir, «confesó *sus pecados* á un sacerdote».

Segun yo afirmo, eso es *inexacto*, y, además, imposible:

Y aquí aparece uno de los errores *de hecho* que usted ha cometido.

Fundándose en la «partida de defuncion» que en apéndice se inserta en la biografía, y pretendiendo encontrar en la exposicion que hice yo del carácter superiormente religioso del ilustre educador,—«otra prueba circunstancial y corroborativa», se atreve usted á estampar la frase de que «es verdad lo que el párroco certifica, y *no es verdad* lo que usted afirma *sin conocimiento* directo y personal, y *sólo por oidas*».

Lo que certifica el párroco, en la «partida de defuncion», es que «recibió el Santo Sacramento de la Penitencia». Fecha, *el veinte y tres* de Junio de 1862; es decir, el dia de la inhumacion.

Pues bien, usted precisamente, es de los que no pueden afirmar por «conocimiento directo y personal», del hecho que se certifica en aquel documento. Afirmándolo usted, como lo hace, por fuerza, procede *sólo por oidas*; porque usted ni estaba junto al lecho del moribundo, ni en la casa mortuoria, *ni siquiera en la ciudad de la Habana* cuando José de la Luz Caballero fallecia.

Usted mismo vá á *probarlo*.

Al tenor de un «artículo prohibido», de 29 de Junio de aquel año, declara usted que «no tuvo la fortuna de recibir *la postrimera bendicion*», de José de la Luz Caballero. (Véase, el Apéndice H, en la *Vida de D. José de la Luz...*» página 327);—porque segun confiesa usted en el cuerpo de la obra, página 172,—«*en la misma fecha en que llegó á Ságua el que esto escribe, el telégrafo le trasmitió la infausta nueva del fallecimiento del Sr. Luz*». En cambio, yo no estaba tan léjos, estaba en el Colegio de *El Salvador*, á pocos pasos del gabinete en que espiraba el querido y venerable anciano.

El que habló «sólo por oidas y sin conocimiento *directo y personal*» —ha sido, por consiguiente, usted, *únicamente usted*.

¿Cómo, entónces, se ha atrevido á sostener hechos tan graves? ¿Cómo, entónces, pudo, ni puede constarle que *es verdad lo que el párroco afirma*? ¿Cómo, entónces, le pudo á usted constar tampoco que «*no es verdad*», lo que yo he sostenido y sostengo? ¿Por qué se decide usted así á declarar que yo he hablado «*sin conocimiento directo y personal*?»

¿No es una tontería el argüir diciendo que está en contra mia «el testimonio, *fehaciente en el orden legal*» del cura párroco que extendió la partida de defuncion?

¡Testimonio, *fehaciente en el orden legal*! ¿Es esto sério, acaso?—¿Es un abogado, el que dice esto? ¿Por ventura, *el orden legal*, es siempre el orden moral,—la esfera de la verdad? ¿Es siempre el orden de la conciencia?

Yo, Sr. Doctor, que soy tan honrado como cualquier párroco que lo sea tambien, le pido á usted que revuelva y busque en el archivo de su propia experiencia, y que consulte la experiencia universal, que de este modo reconocerá que muchos escritos se hacen sólo para «cubrir las apariencias», que infinidad de documentos *oficiales* se extienden sólo *pro fórmula*, y que existen muchísimos otros «testimonios, *fehacientes en el orden legal*» que son, sin embargo, falsos. De este número es «la partida de defuncion» de José de la Luz Caballero, en que se dijo una piadosa mentira con la noble intencion de que no se llegara, por ningun concepto, á impedir ó estorbar la inhumacion del cadáver en el Cementerio General de la Habana, que es un cementerio católico, cuando precisamente los que hubieran ofrecido hasta en esa hora solemne graves inconvenientes, habian denunciado—segun por entónces de público se dijo—á aquel mismo generoso sacerdote, porque, amigo de Luz Caballero, estimando su elevacion moral y admirando la pureza de su vida,—creyó deber advertir á sus feligreses que Cuba habia perdido un varon justo, haciendo tocar dobles en la iglesia del Cerro, *cada cuarto de hora*.

¿No parece—á primera vista, al ménos,—que ese empeño y furor en defender un hecho falso, es porque quizás se necesite como la confirmacion de una tesis?

Pero es tambien imposible (de conformidad con usted mismo) que José de la Luz Caballero se confesase al morir.

Para confesarse ó reconciliarse y ser absuelto, es indispensable que haya *pecados*. Usted es el primero que ha dicho que Luz Caballero pecase: «confesó *sus pecados* á un sacerdote, y recibió de él la absolución», leo en su carta de Asbury Park. Mas ¿no sería esta frase motivada por la necesidad de la tésis de usted:—el catolicismo del ilustre cubano?

Y ¿sabe usted por qué hago esa congetura? Pues porque usted mismo cree que José de la Luz Caballero no *pecó*, no cometió *pecados*.

Para usted, José de la Luz Caballero fué «*el hombre más puro de la tierra*». («Artículo prohibido», *Vida de D. José de la Luz*. Apéndice H, página 325).

Para usted, era él incapaz de *pecar*; porque «las pequeñas pasiones de los hombres, ese conjunto de vanidades y miserias, que *en el mejor* de entre nosotros se habrán de encontrar siempre á manos llenas, y que son como una *especie de atributo* de la naturaleza humana. . . . *jamás* tuvieron entrada en *el alma inmaculada*» de José de la Luz Caballero. (Ibid, página 324). «*Jamás* pudieron caber allí, porque ellas eran *completamente ajenas, incompatibles con su espíritu*». (Id. páginas 324 y 325).

Tan grande es su pureza, que contemplándola, el espíritu exaltado de usted llega al paroxismo, y prorumpe en esta exclamacion: «era un *ángel* para decirlo de una vez». (Id. página 325).

El arrebató persiste en usted, y á extremo tal que le hace caer en la heregía y la blasfemia—usted tan ortodojo!—cuando escribe: «*Alma humana, la más cándida, la más divina que ha venido jamás sobre la tierra*, sería la frase en concepto nuestro la mejor, *para caracterizar á nuestro padre*. . . » (Id. página 325).

¡Señor Doctor, Señor Doctor!—«*nuestro padre*», no lo dice un cristiano, no debe decirlo nunca un católico como usted, *sino de Dios*. Confundir á un hombre con Dios es un crimen eclesiástico abominable, y, fuera de la Iglesia, es el predominio absoluto del lado pasional de la naturaleza humana, algo así como una enfermedad.

Antonio Angulo llamó justamente á Luz Caballero, no ya «padre», sino sólo *padre espiritual*,—y así y todo mereció una fraterna de *El*

Pensamiento Español, periódico que aquel ilustrado hijo de Cuba consideraba como el «órgano más activo» del partido neo-católico. (Véanse las páginas 13 y 22 de un folleto titulado *El Pensamiento Español, periódico neo-católico* de Madrid y la Instrucción pública en la isla de Cuba, por Antonio Angulo Heredia. Madrid, 1863).

Del mismo Jesucristo no han dicho tanto algunas escuelas racionalistas, como usted de Luz Caballero. Renan también llamó *divino* á Jesús; pero en otro sentido: «Es permitido llamar *divina* á esta sublime persona, que aún preside cada día al destino del mundo, no en el sentido de que Jesús haya absorbido todo lo divino, ó *le haya sido idéntico*, sino en el sentido de que Jesús es el individuo que ha hecho dar á su especie el paso más largo hácia lo divino». (*Vida de Jesús*. París, 1879, páginas 473 y 474).

Decir de un hombre que es el alma «*más divina que ha venido jamás sobre la tierra*» es hacer de él algo superior á Cristo, es concebir una nueva especie de teofanía, es forjar una hipóstasis más de la Divinidad.

Y quién—según ha dicho usted—fué así,—grande, puro, inmaculado,—un ángel, un alma divina—¿ha podido tener *pecados*? ¿Pecan acaso los ángeles? ¿Peca por ventura *lo divino*? Y entonces, ¿cómo habla usted de *los pecados* de Luz Caballero?

Pero, si no los tuvo, si nunca pecó, ¿necesitaba *confesarse*? ¿Para qué? Por *fórmula*? ¿Cree usted que fuera el suyo un espíritu *faraiseico*?

Ese acto exterior é innecesario, no estaba tampoco en armonía con su carácter, tal como usted mismo lo ha expuesto. En las páginas 270 y 271 de su libro, refiriéndose usted á la gravedad que sus males iban adquiriendo, dice lo siguiente:

«En una ocasión, un amigo antiguo suyo, hábil cirujano, de gran práctica y experiencia, tuvo *la desgraciada idea* de procurar consuelo al Sr. Luz, emprendiendo refutar su creencia y persuadirle de que su enfermedad actual era sencilla. Pero el venerable anciano, agradeciendo como agradecía siempre cualesquiera demostraciones de interés en favor suyo, y comprendiendo el real espíritu con que el distinguido facultativo había procedido, *rechazó* sin embargo el pensamiento de que

se le tributasen innecesarios consuelos, y *de que se rebajase su carácter hasta la vulgar altura* de los que temen el postrer momento. Tomando la palabra con gran fuego, aunque no sin algun esfuerzo, encontró ocasion al responder afablemente á aquel amigo, para darnos á todos los que nos encontrábamos presentes en aquel momento, una leccion inolvidable y elocuente acerca de la muerte y la manera con que el hombre, y principalmente el hombre cristiano, debe recibirla. El temor á una cosa que es de por sí tan necesaria é inevitable le parecia al Sr. Luz una verdadera debilidad. Ni desearla, ni temerla, sino verla venir *con serenidad* era para él la disposicion de espíritu en que la criatura racional debia ponerse respecto de este asunto.—Qué muerte! y qué bien pintada por usted!—Las frases anteriores á ese párrafo, y otras que le siguen, vienen como á reproducir una escena de antiguo y soberbio estoicismo, y recuerdan los últimos hermosos momentos de Sócrates.

Todas aquellas frases de usted, y el magnífico cuadro anterior, ¿no son una prueba *«circunstancial y corroborativa»* de lo que yo afirmo? ¿No es más lógico, no está más conforme con el carácter y la vida de Luz y Caballero el modo de separarse de la tierra, tal como yo lo escribí (REVISTA, página 563), que nó esa confesion que usted pretende, *«sin conocimiento directo y personal»* del hecho?

Si confesion es *reconciliacion*, ¿no es lógico y natural que no la necesitara quien (como usted tambien lo piensa) creia justamente que *«durante toda su vida»* estuvo *«bien con Dios»*?

Mas doy de barato las anteriores consideraciones, siquiera porque acaso sea verdad que el más justo de los hombres peca siete veces al dia, por lo que sin duda dijo San Isidoro de Sevilla: *«Multi vitam sine crimine habere possunt, sine peccato non possunt»* Lo cierto, lo positivo es *el hecho* de que José de la Luz Caballero—hombre ó ángel,—alma humana, ó alma divina,—no se confesó al morir. Junto al humilde *catre* en que abandonó el mundo, estaban muchas personas que podrian asegurarlo; porque *todavía viven*.

Y cuenta que yo no le doy la mayor importancia al hecho de que un hombre en su últimos dias, reciba el sacramento de la penitencia; porque mil circunstancias, particulares ó exteriores, físicas ó sociales,

pueden determinar aquel acto. La medicina reconoce que muchas causas, y entre ellas la locura, la anemia del cerebro, ciertas enfermedades que alteran las facultades intelectuales poco antes de la muerte, —determinan que aún los espíritus que fueron más liberales, consientan en confesarse, como sucedió en el caso de Montaigne y en el de Augusto Comte. (*Histoire Naturelle du Dévot*, par le Dr. Gaetan Delaunay, París, páginas 179 y 180). Pero otros casos hay en que tales actos no son más que debilidades inexplicables; por lo que probablemente decia Renan, refiriéndose á la confesion de Tailleyrand:—«creyó deber á las convenciones humanas una última mentira». (*Souvenir d' Enfance et de Jeunesse*, página 159).

Concedo que haya usted podido encontrar impropio el método y hasta la doctrina con cuyo auxilio procuré *explicar* la personalidad del educador cubano; pero no ha tenido fundamento ninguno para haber estampado en su carta de Asbury Park, el párrafo siguiente:

«Se debe á su memoria, y á la verdad, el reconocimiento explícito, de que muy por el contrario, creyó siempre, y mantuvo, y procuró inculcar en sus alumnos (con poco fruto por lo que veo en el caso particular de usted) que hay un Dios personal que «hace», y que «manda», y «dirige», é «inspira», y tiene todos los atributos que explica el catecismo, y que la doctrina del Cristianismo es divina, y la única fuente de verdad, de progreso y de justicia en este mundo» (1).

Sin duda el apasionamiento de usted no le dejó leer el siguiente párrafo de mi artículo:

«Se encontró ya formado el sistema de lo que llama Taine «las representaciones» en el individuo. En él ese «sistema» era la concepcion general del mundo que se denomina «catolicismo». (REVISTA, página 533).

Pero como Luz Caballero no estuvo siempre sometido al medio é influencias en que fué formándose, sino que viajó, y leyó, y estudió algo más que la Biblia y otros libros religiosos, consigno tambien que:

«Toda la aplicacion de su actividad mental, en otras condiciones, por causa de sus viajes y de nuevas lecturas, es decir, bajo las ulteriores

(1) Esto lo pensaba tambien Víctor Cousin.

influencias, habrán de tender á destruirlo, en todo ó en parte, *probablemente* sin lograr otra cosa más, que *modificaciones*, más ó menos profundas. En el fondo estará *siempre* la primera piedra, la baldosa del convento en que orara tantas veces de rodillas....» «En él, de seguro, habia un pensador, un filósofo; pero, acaso, no pudo dejar *nunca* de haber tambien *un teólogo, un creyente*». (REVISTA, páginas 533 y 534).

Porque el hecho es que, andando el tiempo, en el año de 1839, aparece sin disputa «sensualista convencido», en el curso de la ruidosa polémica sobre el eclecticismo de Víctor Cousin. Como un discípulo suyo manifestó públicamente que habia sido adherente de la escuela kraussista, y corrió luego muy válida esa especie, traté de informarme de la exactitud del aserto; más no me ha sido dable encontrar documento de ninguna clase que lo confirme, segun lo he declarado en la página 549 de mi artículo.

Si José de la Luz Caballero profesó alguna filosofía, despues de 1839, que no fuera el sensualismo, «aunque con carácter propio, es decir, original—en muchas cosas» (REVISTA página 543),—es lo que yo no pude, ni he podido averiguar de una manera evidente; aunque parece que los que pudieron tratarle están tan á oscuras como yo en este punto; porque miéntras usted lo pinta *filósofo cristiano*, y además *católico* constantemente, otros que debieron conocerle íntimamente y por mucho tiempo, como el Dr. D. José Manuel Mestre, catedrático del ramo que fué en la Universidad de la Habana, y D. Antonio Bachiller y Morales, que reconoce usted como una autoridad, y á quien á menudo cita en su obra,—difieren entre sí, y están desde luego en desacuerdo con usted.

Esa falta de fijeza y concordancia en las opiniones de los discípulos y amigos del maestro, que seguramente proviene de la ausencia, escasez, ó insuficiencia de datos precisos y fehacientes, abre legítimamente la puerta á las conjeturas y á las aproximaciones. Estaba, pues, en mi derecho; cuando, para explicar la personalidad complicada del insigne cubano, escribí lo que sigue, á modo de resúmen:

«Luz era un gran pensador y, *al mismo tiempo*, un sér profundamente *afectivo*. Más tarde *no fué más que un enfermo*. Hombre im-

presionable, recorrió un camino no siempre en línea recta, sino curva: *católico* en su juventud, *ascendió* á la más *científica reflexion filosófica*, fué un filósofo correcto *de la observacion y de la experiencia* y en ese momento de su trayectoria mental *aparece sensualista*. En cuanto *cambió de medio*, abandonó sus guías eclesiásticos. *Cuando tuvo salud*, en lo más maduro de su existencia, fué adherente convencido *de la escuela de Locke*. *Más tarde, decaen* sus fuerzas físicas, y entónces *puede ser admirador de la metafísica alemana*. *Enfermará más aún*, se abatirá más, *irá consumiéndose*, y en tal doloroso momento físico asomará un estado moral correspondiente, y aparecerá *el místico*. (REVISTA, página 551).

Dedico luego una seccion del artículo, con el membrete de *Misticismo*, en que (todo de conformidad con la fisiología) «surge el hombre primitivo» (página 554), elevando á Dios sus *preces*; confesando que se siente «*cada vez más firme*» en su «*antiguo tema*, que los *místicos* han sido *los únicos* que se formaron *ideas exactas* de la humanidad», y declarando que «*no hay filosofía más profunda*» que el misticismo. (página 555).

En la pintura que hice del colegio de *El Salvador*, en otra seccion especial, lo evoco—ya dirigiendo «*el hermoso rezo de cada mañana*» (página 555); ya explicando ó comentando, en *la plática* del sábado, á San Mateo, ó «*las epístolas de su amigo*, el grande y admirable San Pablo» (página 556); ora escribiéndole á sus alumnos frases tan candorosas como esta: «*la religion es lo que más entiernece mi pecho*» (página 556); ora rodeado de lo más selecto de la sociedad habanera, «*la última noche de los exámenes generales del colegio*», «*luminoso de inspiracion*», arrebatando al concurso conmovido en una predicacion «*elocuente y dignificadora*». (páginas 555 y 557).

¿Es todo esto, acaso, faltar «*á su memoria y á la verdad*? Y, si, por lo visto, no he faltado ni á su memoria, ni á la verdad, lo que usted me ha dicho ¿no envolverá una calumnia?

José de la Luz Caballero era demasiado desinteresado y tuvo sumo vigor intelectual para haber sido *siempre* católico. El catolicismo lo habia educado, la raza y el pasado habian preparado su cerebro; pero la ciencia y la filosofía le hicieron sufrir modificaciones, más ó menos

grandes, en sus ideas. Siendo un pensador, un filósofo, tan profunda fué la influencia de su primera «vida levítica», del «sesgo inicial de su espíritu», «del medio en que fué formándose», que desgraciadamente en él «acaso no pudo dejar nunca de haber un teólogo, un creyente», (página 534). Salió de la iglesia, al cabo: usted pretende que se metió de una vez en la sacristía, y yo estoy seguro de que abandonó para siempre «sus guías eclesiásticos». Pero llegó una hora crítica, en su periclitante organismo, despues de largos años de lento descenso físico, y entón ces, sin acercarse á ningun altar de la tierra, cayó en el *misticismo*.

Que yo no participe de muchas ideas que, segun usted, él «procuró inculcar en sus alumnos» (con poco fruto, en mi particular), no deja de ser en todo caso natural, y tiene, además, su explicacion.

Yo respiré en la atmósfera del colegio; pero no fuí como usted tampoco lo fué, discípulo «directo» de José de la Luz Caballero. Sobre que, áun cuando lo hubiese sido, los discípulos no han de ser autómatas, y meros papagayos, hasta repetir las creencias del maestro que les parezcan más injustificables, como lo son aquellas de que Dios *manda*, y *dirige*, y dispone de la lluvia, y *hace* salir las hojas de los árboles, y *crea* al pobre y al rico. etc.

En el colegio de *El Salvador*, sin unidad ninguna,—(por causas que apunté en mi artículo, página 559 á la 561)—se enseñaban muchas cosas «contradictorias». Los ramos de estudio estaban encomendados á profesores de ideas y condiciones intelectuales muy diferentes. Yo—por ejemplo—contaba entre los alumnos de una clase de religion, desempeñada por D. Ramon Ramos y Romay, en la que el texto, segun se decia, era un catecismo protestante (1). Despues, asistí (pocos

(1) Más de lo que cuadra á un católico, admiraba y aplaudia Luz Caballero el protestantismo: leyendo á Balmes (El Protestantismo comparado con el Catolicismo, etc.) escribió, entre otras, las siguientes notas: «Qué fuente de civilizacion sólo el haber *vulgarizado la Biblia*, como lo hizo Lutero, levantando así mismo uno de los primeros monumentos á la honra de la lengua alemana!» «El catolicismo ora *conservador*, ora *opositor*, no siempre *progresista*,—segun el terreno y tiempos». «Ni se concibe el sesgo (hablo del *bueno*) que ha tomado el desarrollo social, *sin la Reforma*».

dias) á otra clase de religion, cuyo profesor era Jesús B. Galvez, y el texto, un libro de Perrone, «el alma del Concilio Vaticano». Me parece recordar que me prohibieron continuar asistiendo á la clase por mi «sabor á heregía». Sin embargo, andando el tiempo, fuí sustituto de la de doctrina cristiana, y ya ha leído usted (REVISTA, páginas 539 y 540) como dejé de serlo, por causa de cierta explicacion que hice de la Santísima Trinidad (1). Y déjeme advertirle que no comprendo por qué le vino á usted en voluntad decirme en su carta que yo refiero estos hechos, «*tal vez con algun adorno*». No tiene usted datos para suposicion semejante, que sólo descubre la ofuscacion de usted cuando me leía, al punto de entender que yo me refiero al decir «el Director del Colegio» (página 540), á José de la Luz Caballero, muerto en 1862, siendo así que digo con mucha claridad, en la página 539, donde empieza *el cuento*, «*allá por 1865*». El director que, con perfecto derecho, me destituyó, fué el Sr. D. José María Zayas: el encargado de comunicarme su resolucíon, y quien me la comunicó, fué el Sr. D. Márcos Gar-

(1) Dice usted en su carta que el dogma de la Santísima Trinidad, «*es el dogma fundamental de todas las sectas cristianas*». Muchas sectas cristianas brotaron precisamente por su manera diferente de concebir la Trinidad, como los monarchianos, los sabelianos, los trideistas ó tritheistas, los damianistas, los pneumatómacos, los arrianos (que negaban la divinidad del Verbo), los macedonios (que no aceptaban la divinidad del Espíritu Santo), los antitrinitarios, como Servet—que consideraba absurda la Trinidad, y la denominaba *Cerberus triceps*, y los socirianos, etc.

«El dogma de la Trinidad» pertenece á la iglesia católica; en el siglo IV vino á ser definitivamente ortodoxa la creencia en la Santísima Trinidad; pero no se formuló, tal como hoy se dice, hasta el sexto ó última mitad del quinto, en lo que se ha denominado el símbolo de Atanasio, ó el «*símbolo Quicumque*». En el sexto, un sínodo de Toledo hizo al símbolo niceno-constantinopolitano la adición de *filioque*, cuyo vocablo ocasionó gráves consecuencias.

Ritter ha pretendido explicar «la significacion esencial» de «la doctrina de la Trinidad», y hacer resaltar «su valor filosófico». (*Histoire de la Philosophie Chretienne*, par le Dr. Henri Ritter,—París 1844, página 85 á la 92). La explicacion es clara y meritoria; pero ella misma evidencia que el fondo de toda aquella secular controversia es puramente *verboso*. San Agustín, en quien se inspiró San Atanasio, más ingénuo y más perspicaz que Ritter en este particular, ha confesado, refiriéndose á la derivacion de las personas de la Trinidad, y por tanto, á la Trinidad misma, que lo que sobre eso se manifiesta, no es para decir *algo*, sino para no *callar*, ó lo que viene á ser igual, por decir *cualquier cosa: non ut aliquid diceretur, sed ne taceretur*.

cía. Esto no podría significar que el Sr. Zayas, ni el Sr. García fuesen católicos, como no lo significaría tampoco de José de la Luz Caballero si hubiese él, en realidad «velado» por la conservación de la doctrina cristiana. Por aquel tiempo, y á consecuencia de exigirlo el *Diario de la Marina*, en nombre de *la ley vigente*,—hizo *El Siglo*, con la pluma del Conde de Pozos Dulces, las célebres declaraciones, en política y religion, que fueron aquí un acontecimiento. Nadie dirá, sin embargo, que el Conde fué ortodoxo. El Colegio de *El Salvador* necesitaba prevenir cualquier ataque de fuera, y por lo tanto, respetar la ley, y la ley vigente entónces no toleraba, ni consentía otra religion que la católica, apostólica y romana.

Diré á usted algo más, sobre otras clases á que yo correspondía como alumno. La de literatura y la de historia, estaban á cargo de Piñeyro, que en la una sospecho que se apartaba de la Biblia, y que en la otra, así como en filosofía, seguía por entónces particularmente á Hegel, con grande admiracion. Vea usted como Pio IX no hubiera visto con buenos ojos ni esas clases, ni á aquel profesor. En la de filosofía, el Sr. Zayas, con entusiasmo de sus discípulos, explicaba detenidamente á Spinoza, y todos los dias, despues de algunos minutos dedicados á Tiberghien (sobre todo en la ética), leía y comentaba—(!qué horror! dirá usted)—la «Crítica de la Razon pura», de Kant. Lebreo, dentro y fuera de las clases de matemáticas, que desempeñaba, era «positivista»; otros profesores eran «materialistas» (como el pobre Honorato del Castillo, que leía con fruicion los escritos del Dr. Buchner); algunos, como Podbielski, eran espiritualistas;—pero ninguno era católico (1).

Usted tambien me tuvo en su clase de *física*. En aquella época de su vida se le consideraba á usted como hombre *de accion*, de propaganda; abolicionista fanático; *volteriano*, por sistema; burlon, á lo Rabelais; y *ateo* declarado. Corria la especie de que usted habia tenido

(1) En realidad, recuerdo *uno solo*; pero no enseñaba sino el piano: era el bondadoso Sr. D. Enrique Gonzalez, profesor de música. Habia publicado unos prolegómenos de una obra que proyectaba escribir ó imprimir, para probar un descubrimiento que él decia haber hecho, de la verdad «por medio de la música». Su lema era «un Dios; una fé; un bautismo; una verdad, y católica». Esto estaba en latin, por supuesto.

sus tropiezos con los jesuitas, de los cuales lo sacó en bien el P. Marañón, por lo que usted, después, pronunció su «Elogio», en la Universidad; y por cierto que en él hay una frasecita embozada que se me figura *corroborativa* del rumor público; y se hablaba también de que usted había escrito artículos en los periódicos del tiempo, que distaban mucho de ser todo lo ortodoxos que usted hoy quisiera.

Ya vé usted cómo no fui doctrinado directa é inmediatamente por Luz Caballero; cómo no está muy en claro que velase él con mucho celo por la «*conservacion de la doctrina*», según pretende usted en su carta; pues que así entregaba la Iglesia en manos de hereges como usted; y cómo—por último,—es muy natural que, si tuvo ese celo, diese su enseñanza católica, á pesar ó en contra de él, «*muy poco fruto en el caso particular mio*».

Por cierto que esta circunstancia tuvo una influencia decisiva en mi existencia. El Colegio me puso en pugna con la casa «donde moraba» yo. Trabóse una lucha de *ideas*, y al fin, me ví en la calle, teniendo que tomar un rumbo nuevo. Casi todos mis condiscípulos pensaban lo mismo que yo: la única diferencia que entre nosotros había, era quizás que yo fui ménos afortunado. Desde entónces, *peregrino* en mi propia tierra; y aún no sé en qué piedra del camino encontraré el reposo que perdí, hace tan larga fecha que apenas si me acuerdo.

Respecto á nuestra manera de pensar, observo que lo que se llama «el mundo culto» está hoy muy léjos de creer que «hay un Dios personal, que *hace*, y que *manda*, y *dirige*, é *inspira*, y tiene todos los atributos que explica el catecismo; y que la doctrina del Cristianismo es divina, y la única fuente de verdad, de progreso, y de justicia en este mundo». Muy por el contrario, piensa que Dios es «una concepcion humana, una idea, que pueblos, razas, hombres—según sus condiciones, naturaleza, carácter y otras mil circunstancias»—se forjan «de muy diferente manera»—(REVISTA CUBANA, página 540); que *la filosofía cristiana* (y no el cristianismo, como me hace usted decir)—«es una mezcla híbrida de multitud de sectas y sistemas»—lo que debe ser evidente para la ilustracion que me complazco en reconocerle á usted,—y que *el catecismo* (el de Ripalda y cualquier otro) es un librito infeliz, muy propio para que el que lo aprenda de memoria haya

perdido lastimosamente el tiempo, se entere de muchos desatinos y boberías, y se quede sin tener *cristianismo* y sin saber en qué consiste aquel hecho singular, acaso el más trascendental en la raza indoeuropea.

Examinando su carta, mi estimado Doctor, cabe pensar que usted no es tan injusto, tan duro, tan desdeñoso conmigo, porque haya yo trazado un bosquejo que encuentre usted poco parecido, del ilustre José de la Luz Caballero, pues que usted y yo «*en el fondo*, no distamos mucho».

Sospéchome que lo que usted más siente,—preocupado tal vez de la salvacion de mi alma y la de los demás compatriotas nuestros,—es que yo haya tomado por el camino del error. En gracia de la buena voluntad de usted, debo advertirle que yo tambien lo siento; pero que no es culpa mia. Si hay un Dios, sus designios son inescrutables, y él sabrá, sin duda, por qué entregó el mundo á las disputas de los hombres.

Hasta ahora, cada uno de nosotros, abre de vez en cuando el ventanillo del alma que parece dar sobre el infinito, y envía al profundo azul á la audaz fantasía, que se aleja alborozada, batiendo sus alas de zafir y oro. Para muchos, retorna con un iris de esperanzas risueñas: para otros, para mí, vuelve siempre, como la primera paloma del arca, cansada, y sin el ramo de olivo. En las soledades inmensas, no vió más que astros, mudos y esclavos, sintió frio, tuvo miedo, y buscó de nuevo la firme tierra para apoyarse y no caer.

Jesucristo en concepto de unos, fué un idealista sublime; de otros, un enfermo; no fué un teólogo, como la Iglesta católica. Creyó que Dios era el padre de todos los hombres, se hizo amar de unos cuantos compatriotas suyos, y por circunstancias más ó ménos conocidas y explicables, ha influido poderosamente en los destinos terrestres de la humanidad (los únicos que sepamos que tiene).

Representará siempre una gran porcion de ideal,—será siempre considerado como obrero de bien y de progreso;—pero lo sobrenatural en que él soñaba y á que aspiraba, abandona el campo, más ó ménos de prisa, á las leyes del universo, que la ciencia escudriña, descubre y clasifica: y poco á poco vamos dejando de ser «*cristianos*» en el sentido dogmático del vocablo. Se ha ido algo más allá todavía de «la

teología científica» de los Strauss, de los Ewald, de los Baur, hasta llegar á «la ciencia positiva».

Jesus, que vivió en un período tristísimo de la vida de su pueblo, en que la escitacion nerviosa era tremenda, el profetismo una casi comun ocupacion, la histéria un estado crónico, lo sobrenatural el alimento constante de aquellos espíritus ignorantes, horrible y dolorosa la realidad, frecuentes las revueltas y los suplicios,—y en que la vision era el resultado casi exclusivo de la cerebracion judia,—pudo tener, y tuvo realmente, fé profunda y sincera en la existencia de un Dios, en su paternidad, y en el glorioso porvenir que reservaba á sus escogidos;—pero, tras una experiencia de siglos, revelada y aprovechada por los adelantos de la historia,—para nosotros, más sanos de espíritu, con acópio inmenso de observaciones, sabiendo observar con verdadera propiedad, en el término de una saludable evolucion mental—que vá de los desarreglos de la fantasia á la severa disciplina de la razon,—en posesion de otro criterio y métodos mejores,—un cambio en la concepcion del mundo y del hombre, ha traído por fuerza otro cambio en las creencias y en las ideas.—

Ningun hombre tiene el derecho ya de hablar en nombre de lo desconocido. Ningun dogma,—fruto siempre del concurso mental y emocional de muchos hombres—puede pretender ceñir el pensamiento humano como un círculo de hierro. Dios no se ha revelado á nadie en ninguna zarza ardiente. Dios—ó no está en ninguna parte, ni en ningun hombre, en particular,—ó está en todas partes y en cada hombre: *Deus in nobis agitante*.

La religion ha pasado de la categoría de Doctora y de guia—duca é signiora,—á la condicion de sentimiento, y ha perdido el derecho de dar explicaciones sobre el mundo. Dios es el objeto, vago, perennemente oscuro, de aquel sentimiento, de que es la sustancia, si se quiere; mas, en tanto que los que creen lo adoran en una idea—bella, ó monstruosa, pero siempre excesiva ó deficiente—cada cual la concibe como puede. El fondo de las cosas,—la Realidad inmensa,—la totalidad,—el noumeno,—ha sido, es y será un profundo misterio,—lo In-cognoscible;—si al cabo es algo.—En tanto el sentimiento lo ansía; la fantasía lo busca; la fé lo encuentra como si lo tocasen las manos; y el

espíritu afortunado, en la alegría inefable de ese maravilloso alumbramiento de lo ideal, lo expresa en una palabra,—que en lo adelante es *el verbo*, la voz por excelencia;—en un idea,—en una forma,—en un símbolo.—Lo cierto es que la idea es siempre indefinida y sublime, y el símbolo resulta siempre incompleto; aunque es siempre necesario. Pero, al fin y á la postre, la creencia, la idea, el símbolo, la palabra, son resultados de operaciones cerebrales, sin que pueda nadie responder que en todo ello no haya una lastimosa ilusion, de que la gente avisada se guarda para no chasquearse; porque—producto del subjetivismo—el símbolo se asemeja mucho á la nube de Hamlet, en que cada uno cree ver lo que quiere.

Todas estas ideas que son para usted odiosas,—le hacen suponer que aquí existe particular empeño en propagarlas, y que se hacen *tentativas* de educar al pueblo en creencias abominables, por lo que ruega usted á Dios «*que sean vanas*». No lo comprendo; y mucho ménos que preocupándose, como parece, por el porvenir de nuestra patria,» se quede usted por aquellos climas, donde vive ha tantos años, casi desligado de todo lo de por acá, y no venga á combatir por lo que juzga mejor y más provechoso, y á enderezar los entuertos que se cometen. Pero ménos aún entiendo el anatematismo que escribe usted contra «*la accion*», achacándole casi exclusivamente la actual situacion, «moral y material,» en que se halla la Isla de Cuba.—Y no lo entiendo, porque es una injusticia y un error,—que envuelven tambien una inconsecuencia; porque usted fué de los *precursores* y, en cierto modo, de los *propagandistas* de *la accion*.

El mismo José de la Luz Caballero no condenaba *accion*; muy por el contrario de lo que usted hace, la ensalzaba y recomendaba. Por eso, en 1846, pensaba que «es necesario *combatir, destruir* aún tratando de *construir*». Por eso tambien admiraba á Mazzini, á quien ponía por encima de Lutero; por su bandera, cuyo lema era: «predicar, luchar, obrar;»—y por sus cualidades. «Es el Lutero de la nueva época». . . . «pero no sólo es Lutero; porque es cabeza, corazon, *y brazo*».—Nada más exacto, más profundo, ni más viril, que este pensamiento suyo: «Lucha ha sido, y será menester. ¡Salve á la lucha, *el único medio de conseguir los grandes fines!*»

Pero su natural humilde y sumiso, su «espíritu cristiano», su misericordioso corazón, su inagotable caridad, su debilidad corporal, sus prematuros achaques, acabaron de hacer de él un hombre absolutamente *sedentario*. Fué de este modo, incapaz de *accion*; y jamás de seguro hubiera él tampoco aconsejado ni exigido de los otros, que hicieran lo que él no podía por su parte; y eso que—como usted muy bien lo ha juzgado en un lugar de su libro (p. 208),—la hora de prueba lo hubiera encontrado en su puesto, que no en balde, desde 1846, pensaba que—«en un país en guerra, aunque se quiera, no se puede permanecer *neutral*».

De todos modos, muy desgraciado debo ser si no he logrado explicar y comentar claramente mi artículo, en esta carta, que ya es demasiado larga. Los hombres son muy complicados, y no es extraño que viéndolos desde distintas posiciones aparezcan divergencias, más ó menos acentuadas. José de la Luz Caballero no es una excepción de esa regla general. En todo individuo, hay siempre muchas cosas ajenas y que vienen de fuera y de lejos; y hay siempre también lo que tiene de propio y exclusivo, la personalidad y el fondo. Esto es, precisamente, lo más difícil de percibir, de apreciar y de exponer. Es la clave de todo lo demás, y para dar con ella, quizás no baste la inteligencia humana. La profunda armonía existe en todo hombre; pero existe oscurecida entre mil apariencias que se nos figuran contradicciones é inconsecuencias, cuando probablemente no lo sean. Un crítico eminente, Taine, está convencido de que en cada individualidad hay una facultad, una cualidad dominante, que es como la llave maestra de su existencia. Buscarla es el oficio de la crítica; aunque me temo mucho que el empeño resulte siempre vano, y la explicación inexacta, incompleta y falsa. Tal vez fijándonos usted y yo en estas consideraciones,—usted me perdonaría mi artículo, como yo le perdono su libro, en aquellas cosas en que se diferencian ó combaten nuestras explicaciones; porque creo que ni usted ni yo, ni nadie, puede comprender y explicar á un hombre, quien quiera que este sea. Usted cree que Luz Caballero era católico; y es verdad, porque lo fué. Yo creo que fué racionalista, sensualista, místico, según las épocas de su vida que se tengan en cuenta, juzgando por lo que de él hay escrito; que repugnaba la iglesia y la confe-

sion; y eso, todo eso, es verdad tambien. Bajo otro punto de vista, pudo usted creer (y yo lo creo tambien) que estaba en desacuerdo con el elemento revolucionario de Cuba. Bajo otro, distinto desde luego, yo no estoy equivocado cuando sostengo (al unísono con el instinto de los españoles) que era revolucionario, y que si hubiera vivido fuerte y sano en 1868, no se hubiera quedado haciendo equilibrios en la Habana, ni quizás tampoco ganando la vida en tierra extranjera, mientras en la suya habia quienes *sin sueldo*, sin comer á veces, sin esperanza, pero con generosidad ilimitada é indecible heroismo, combatian por lo que él habia inculcado y encendido en el corazon de sus paisanos,—la causa de la justicia y el cumplimiento del deber.

«Esfuerzo literario y á la vez patriótico» ha sido el de usted: no lo puedo dudar, puesto que así lo he dicho (REVISTA, p. 525); y aún cuando hubiera diferencias radicales entre su interpretacion y la mia, entiendo tambien que *esfuerzo literario y á la vez patriótico* ha sido asimismo el mio. Ambos hemos buscado la verdad. Si no la hemos encontrado, otros, y nó ni usted, ni yo, han de decidirlo. Si usted conoció más al hombre, lo que yo sinceramente le declararé, pues que «cuando él murió yo era muy niño»; yo he oido mucho sobre él, he leído, *lo he leído* á usted, he estudiado la vida y todas las producciones del maestro que hube á mano, y me creo con derecho, por tanto, á formarme una opinion sobre su personalidad, á penetrar en su espíritu y á exponer la *impresion* que tengo de él. La verdad, la realidad íntima, la conciencia ¿quién la sondea sin vértigo, quién la conoce nunca? A veces, la verdad de lo que uno cree no está más que en la inteligencia, y la belleza de lo que uno ama suele no estar más que en el corazon.

He concluido yá; pero faltaria á mi sinceridad si, ántes de poner el punto final, no le manifestase que siento de veras haberle causado desazon ó pena y que me alegraria de que estén ya desvanecidas las dudas que por motivo de la oscura redaccion de algunos párrafos de mi artículo, se levantaron en el ánimo de usted, respecto á mis intenciones, que jamás han sido hostiles á su persona. ¿*Quare?* Muy al contrario; recuerdo siempre que usted «por encargo» del amado José de la Luz Caballero, solia llevarme del Colegio á la casa donde yo moraba; que luego fué usted el profesor bondadoso de un alumno poco estudioso

y aprovechado, y que más tarde, en el suelo de la emigración, era usted conmigo, en entrevistas poco frecuentes, pero gratísimas,—afable, benévolo y muy indulgente, y estas impresiones imborrables, que son como hiedra que arraiga y se entreteje en el alma, hacen que siempre esté el corazón lleno de consideración y de amor. Si alguna vez late de prisa, al contacto de la injusticia, vuelve pronto á su ritmo normal, y entonces se desvanece la ofensa, se ahuyenta el rencor de un minuto, para que sólo queden serenos y profundos—los sentimientos mejores y más nobles, la simpatía y el afecto que nacieron en los días felices de la infancia, y que por eso mismo acaso, no se extinguen nunca, ni por completo.

Soy de usted atento amigo y servidor.

MANUEL SANGUILY.



CONDICIONES BIOLÓGICAS

DE LA ANTROPOFAGIA (1).

Como en todos aquellos asuntos en que intervienen los sentimientos humanos para dar dirección á las opiniones, áun cuando éstas parezcan basadas en hechos fielmente recogidos y con imparcialidad interpretados, así la cuestión de la antropofagia ha dado lugar á muy diversos y hasta opuestos pareceres, no faltando quienes hayan negado por completo su existencia. Nada más natural y nada más falso á la vez. Cuando el hombre civilizado se contempla con sus ideas y sentimientos actuales, con los buenos hábitos que se han ido trasmitiendo á través de numerosas generaciones, y se considera también en medio de los goces de la comodidad y de la fortuna, no acosado de imperiosas necesidades, sino hallando fácilmente los medios de satisfacerlas, podrá olvidar su naturaleza animal y que ha ido, por una larga y continua enseñanza, aprendiendo á sacudir los caracteres más acentuados de esa animalidad, para alcanzar poco á poco y muy lentamente los que corresponden al hombre, en la mejor acepción de este término; y apenas le es dado comprender que haya en el género á que pertenece

(1) Leído en la *Sociedad Antropológica*, sesión del 1º de Febrero de 1885.

quienes se devoren entre sí, cualquiera que sea el móvil de su determinación.

Pero, por poco que se consulte la historia con ánimo sereno y exento de preocupaciones, y por poco que se detenga la atención no sólo en el sér humano cuando aún permanece en un estado rudimentario de desarrollo mental, sino en el mismo sér ya civilizado, pero en circunstancias tan apremiantes que despierten en él, altivos y avasalladores, los instintos egoistas de la propia conservación, no tardaremos en hallar por donde quiera las muestras más inequívocas de la antropofagia.

Unas veces, en efecto, la necesidad, es decir el hambre en los estados incultos, ó bien en los asedios prolongados, en las guerras, carestías y naufragios, ha sido causa bastante comun de canibalismo; otras el sentimiento religioso, dando lugar á sacrificios humanos con objeto de aplacar á dioses tan crueles como sus adoradores, ha traído como consecuencia casi inevitable los festines correspondientes; otras la piedad filial ha sido origen de la costumbre extraña, trasmitida por una larga serie de antepasados, de comerse á sus padres despues de muertos; otras la ira y la venganza, ó el furor guerrero, impulsaba á devorar á sus enemigos; otras la ley condenaba á los prisioneros á ser comidos vivos:—de donde que las especies de antropofagia sean diversas, y que Mr. Letourneau las haya clasificado segun que se desarrollara por necesidad, por gula, por venganza, por religion, por piedad filial ó por exigencia legal (1).

No siendo nuestro propósito estudiar todas esas formas, ni siquiera citar ejemplos de cada una, estableceremos desde luego una gran división: la antropofagia puede ser eventual ó pasajera, y tambien habitual ó estable en los pueblos en que se le considera, mereciendo quizás esta última el nombre de *antropofagismo*. A la primera clase pertenece la antropofagia que llamaremos *famélica* observada en los hombres que han llegado á cierto grado de cultura intelectual, en los hombres que constituyen las naciones más ilustradas, en quienes el suceso tiene mucho de inesperado; y á ella dedicaremos este modesto trabajo, por-

(1) *Letourneau*, Science et matérialisme, pág. 353.—Sociologie, pág. 190.

que ella es la que ha debido encontrarse en el hombre primitivo, porque ella es una forma irreductible sobre la cual se han cimentado las otras variedades, porque corresponde de lleno á las condiciones biológicas, interin las otras se refieren más á las sociales, y porque su carácter general permite estudiarla en nuestros días en medio de nosotros, por decirlo así, facilitando la comprensión de las demás.

Una de las necesidades más apremiantes del organismo humano es la que se refiere á la ingestión de sustancias que vayan á reparar sus pérdidas, pues la vida se mantiene en un estado de equilibrio inestable entre las condiciones que tienden á restituir á la materia inorgánica los elementos de los cuerpos organizados y las que tienden á asimilar á los tejidos animales las sustancias necesarias á su nutrición. Las primeras, que están actuando constantemente, han podido ser apreciadas, y se sabe que cada día el hombre adulto restituye á la naturaleza por la piel, los riñones, los pulmones, etc., cerca de 20 gramos de ázoe, y quema unos 300 gramos de carbono en el oxígeno de la atmósfera: es, pues, una pérdida de 320 gramos de materiales por día. Durante el mismo tiempo, expulsa por la orina, el sudor, la perspiración pulmonar, etc., 3 quilógramos de agua próximamente, de tal modo que serían suficientes pocos días para destruir el organismo si nuevos elementos no viniesen á reemplazar los que son eliminados.

Los elementos anatómicos animales necesitan de sustancias asimilables, complexas, ternarias y cuaternarias, ya procedan del reino vegetal, ya del animal, con tal que hayan sufrido una preparación conveniente; mas si esos alimentos de origen exterior llegan á faltar, el movimiento nutritivo continúa, sin embargo, durante un tiempo más ó ménos largo, aunque entónces se efectúe á costa de la sustancia viva: el organismo se devora á sí mismo; la sangre cede primero todo lo que puede ceder de sustancias asimilables y reparar sus pérdidas á expensas de los tejidos y de los elementos anatómicos cuyos materiales ha suministrado anteriormente; toma, pues, lo que ha dado, y esto es lo que se llama la «abstinencia fisiológica» (1).

(1) *P. Bérard*, Cours de Physiologie, t. I, págs. 521 á 533. *Letourneau*, Biologie, págs. 151 á 156.

Pero el cuerpo de los animales superiores puede ser considerado como una república jerárquicamente organizada para la división del trabajo: cada parte desempeña su función, pero á todas corresponde la vida, ó en resumen, el movimiento de asimilación y desasimilación más ó menos tenaz, más ó menos rápido, más ó menos enérgico. Y una vez suspendidos los víveres ó suministrados en cantidad insuficiente, esos ciudadanos histológicos se reabsorben y perecen con más ó menos lentitud, siendo los primeros en destruirse aquellos que, ó son menos robustos, ó tienen necesidades nutritivas más exigentes, y son por lo tanto el asiento de cambios más rápidos: la sangre quita á los unos para dar á los otros, satisface á los que más reclaman con detrimento de los más sufridos, y los más fuertes se alimentan de los más débiles.

La muerte sobreviene, según los memorables estudios de Chossat, por lo general, de los ocho á los once días, después de haberse consumido el 40 p% del peso del cuerpo en el hombre. La grasa pierde 93 p% de su peso, la sangre 75, el bazo 61, el hígado 52, el corazón 44, los intestinos 42, y lo mismo los músculos. Mucho menos pierden los huesos, 16 p%; los ojos 10; la piel 33; los pulmones 22; y el sistema nervioso solamente el 2 p%.

Dos particulares resaltan en este cómputo: primeramente el casi total consumo de la grasa antes de ocurrir el fallecimiento, pues de hecho la muerte por abstinencia es en realidad una muerte por el frío, ya que aquel principio es una fuente de calor, y tanto, que mientras él se conserva, la temperatura del cuerpo no disminuye sino poco, haciéndolo rápidamente cuando la grasa ha desaparecido por completo. El otro particular es la débil pérdida experimentada por los centros nerviosos aún en el momento de la muerte: puede decirse que antes de morir se han sustentado de los otros órganos; y á su integridad casi completa hay que atribuir la integridad relativa de las facultades intelectuales observada en algunos inaniciados hasta el último instante de su vida.

No carecen tampoco de interés y de significación los trastornos funcionales determinados por la abstinencia: dolor agudo en el epigastrio, que aumenta por la presión, sed insaciable, semblante pálido y

cadavérico; la temperatura se abate gradualmente á medida que se hace más lento el movimiento nutritivo; las secreciones y excreciones se disminuyen y aún suprimen; el tubo digestivo se estrecha; la energía respiratoria vá decreciendo; el movimiento de los músculos disminuye; la sangre se altera; los latidos del corazón decaen hasta 38 por minuto; y en cuanto á las funciones cerebrales, nótese al principio un período de agitación, despues otro de estupor, en fin el de furor, y á menudo las alucinaciones.

Debemos ocuparnos algo más en algunos pormenores.

Antes de que haya sobrevenido la muerte el cuerpo parece hallarse ya en vía de putrefacción, de suerte que, paralizado el poder de eliminar los productos destinados á la excreción, en lugar de ser quemados como lo son en el estado normal nutritivo, permanecen en el interior del organismo y se alteran: lo que explica el olor fétido que en vida despiden los cuerpos y la rápida descomposición que se observa despues de la muerte; y está también de acuerdo con el hecho de que el cólera, la fiebre y en suma la intoxicación de la sangre son mucho más fatales en los sujetos mal alimentados que en el caso contrario: el grado inferior de vitalidad que entónces existe impide la eliminación del veneno, y el que sufre muere, no por la virulencia de la enfermedad, sino por su impotencia para desprenderse de ella; así es que las afecciones pestilenciales siempre se desarrollan en el terreno del hambre y destruyen sobre todo por el estado de extenuación en que se asientan.

La debilidad mental que se apodera de las personas agoviadas por el hambre y el agotamiento consecutivo pueden variar desde la más ligera displicencia hasta la más acentuada melancolía, determinando á veces cierta disposición al suicidio: los sentimientos sociales y los actos de amistad quedan abolidos, reemplazándolos los hostiles y agresivos; parálizase el poder de la razón, y las facultades intelectuales pasan por debajo de las funciones del cuerpo que padece y del desgaste de los tejidos orgánicos que se consumen. Los anacoretas, monjes y otros sujetos pertenecientes al órden supersticioso,—dice un antiguo escritor, Gujanerius,—han estado locos con frecuencia. Una depresión del influjo nervioso,—expone Aitkens,—se manifiesta muy temprano

en la desigual energía de todas las funciones vitales y en el abatimiento de las facultades intelectuales y de los sentimientos morales, con disminución de la sensibilidad general. Y como la actividad vital y la fuerza mental son fisiológicamente la expresión del consumo de materiales por el órgano que siente, que piensa y que quiere, si no existiere la provisión de esos materiales en forma de alimentos, necesariamente ha de efectuarse el depauperamiento de aquéllas, y en consecuencia desaparecer la discriminación consciente.

Así es que, si de una parte el impulso instintivo arrastra al hombre privado de alimentos á ingerir hasta las materias más refractarias á la acción del aparato digestivo y las más repugnantes, incluso sus propios excrementos, así también ese mismo impulso le lleva á nutrirse de carne humana, aunque para esto sea necesario acudir al asesinato. En el naufragio, por ejemplo, del *Francis-Spaigt* (1836), los tripulantes obligaron al cocinero á que degollase al más joven grumete, cuyo cuerpo fué al instante devorado; muy luego fué atacado de delirio el cocinero, y á su turno lo degüellan y se lo comen. Un hecho muy reciente ha reproducido esa escena. Pero, ¡qué más! los sentimientos más fuertes y más profundamente arraigados en la naturaleza humana se encuentran pervertidos, y el amor de madre es reemplazado por el impulso instintivo é invencible de la alimentación. Háblanos Flav. Josefo de que en el sitio de Jerusalem, bajo Tito, las madres se comían á sus propios hijos; otro caso semejante se menciona en las Escrituras durante la carestía de Samaria; y las «Lamentaciones» de uno de los profetas consigna que «las manos de tiernas mujeres han cocinado á sus hijos, los cuales les han servido de alimento: ellas devoran los frutos de sus entrañas, los niños recién nacidos».

Si en semejantes circunstancias,—repetimos con N. E. Davies,—no están del todo desorganizadas las potencias intelectuales, ninguna suma de humanas agonías pudiera darnos cuenta de tamaña perversión moral! (1).

Los animales que pueden beber, ó absorber agua por la piel ó los

(1) N. E. Davies. Starvation: its moral and physical effects, in «The Popular Science Monthly», vol. XXVI, p. 213.

pulmones, sucumben con ménos rapidez que los de la misma especie en los cuales la abstinencia es absoluta. Los pájaros que Redi privaba de alimentos á la vez que de bebidas perecian al cabo de nueve dias, y aquellos á que se concedia el agua prolongaban su existencia hasta los veinte. Los perros sometidos á la abstinencia en un lugar húmedo y oscuro viven diez dias más que en un lugar seco y alumbrado; y unos hombres encerrados en un sótano húmedo, fueron sacados, todavía vivos, á los catorce dias. En los experimentos de Mr. de Pommer, los carnívoros que beben agua viven más tiempo que los otros; la Comision de la gelatina obtuvo los mismos resultados; y en fin Granié, que permaneció cincuenta y dos dias sin tomar alimentos, habia bebido en abundancia. Pero, segun ha advertido Chossat, las bebidas no prolongan la vida sino en tanto que se toman á dosis moderada; de otro modo, causan una gran dilucion de la sangre y derrames en las serosas, que apresuran la muerte (1).

Y todo esto no es más que la consecuencia de la sed: cuando ella existe, hay disminucion de la humedad de la boca, velo del paladar y fauces; las secreciones salival, mucosa y perspiratoria son ménos abundantes; la humedad bucal se vuelve viscosa, la lengua se adhiere al paladar y la voz se pone ronca. Si no se satisface la necesidad, la garganta se seca y se irrita, los ojos se ponen ardientes, la respiracion anhelosa; las orinas escasas, oscuras, espesas y acres; se enciende el movimiento febril; á veces hay delirio; y si el que sufre la sed llega á dormirse, sus sueños son referentes á la necesidad de tomar bebidas, vé lugares sombríos y arroyos refrescantes, que recuerdan la historia de las Dánaes.

La ansiedad que acompaña á la sed es todavía más insoportable que la del hambre; aquel que resiste á esta última sensacion, cederá irresistiblemente á la otra; soldados sitiados á quienes el hambre no habia podido obligar á rendirse, depusieron las armas cuando la sed vino á atormentarlos; el mencionado Granié que, condenado al último suplicio, tuvo valor bastante para dejarse morir de hambre, se iba á beber ávidamente á la bomba de la cárcel; el comerciante que se dejó

(1) *P. Bérard*, loc. cit., t. I, p. 537.

perecer de inanición en un bosque, lamía las gotas de agua que se depositaban sobre unos hongos, hasta el momento en que, no pudiendo resistir más, fué á saciar su sed en el pozo de una casa vecina; el hambre de unos náufragos era casi nulo al noveno día, mientras la sed era inextinguible; hacían enfriar en vasijas de hoja de lata, y tragaban con cierto placer sus propias orinas (1).

Es tiempo ya de presentar algunos casos, que á manera de observaciones clínicas, nos permitan corroborar las nociones que acabamos de exponer rápidamente; reuniéndolos en pleno cristianismo, no en los tiempos más remotos de impiedad y de ignorancia.

Fueron tales los horrores del hambre en la toma de Antioquía y tan grande la miseria que afligió á los peregrinos, que, apoderados de ella, mataban á los sarracenos para alimentarse; y «este acto, dice Baudri, Arzobispo de Dol, no se les imputaba á crimen, porque sufrían el hambre por la causa de Dios, y porque de ese modo continuaban haciendo la guerra á sus enemigos con las manos y con los dientes» (2).

No ménos apremiantes fueron las circunstancias para los Cruzados durante el sitio de la ciudad de Marrah y sobre todo despues de tomada ésta, llegando hasta el extremo de comerse los cadáveres de los sarracenos, ya corrompidos, que yacían por dos semanas, y aún más, en los fosos de aquella ciudad, é infundiendo tal terror en los mismos mahometanos, que decían: «¿Quién podrá resistir á esa nacion tan obstinada y tan cruel, que durante un año no desistió del sitio de Antioquía, ni por el hambre, ni por la presencia de ningun peligro, y que ahora se alimenta de carne humana?»

Pero esos ejemplos no sólo los encontramos en el Oriente, sino en los tres años de carestía que sufrió la Europa despues de destruido el templo de Jerusalem. «Los furores del hambre, refiere Glaber, monje de Cluni, renovaron esos ejemplos de atrocidad tan raros en la historia, y los hombres devoraron la carne de los hombres. El viajero asaltado

(1) *P. Bérard*, *Ibidem*, t. II, 505.

(2) *Saco*, *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*, pág. 63.—El ilustre publicista discute la cuestion del canibalismo con la lógica y lucidez que le eran tan habituales, ilustrándola con numerosos ejemplos,

en los caminos, sucumbía bajo los golpes de sus agresores, y sus miembros eran despedazados, asados al fuego y devorados. Otros, huyendo de su país por evitar el hambre, recibían la hospitalidad en los caminos, donde sus huéspedes los degollaban durante la noche, para alimentarse con ellos». Hubo quien se atreviera á llevar carne humana al mercado de Tournus; y en casa de otro habitante de la floresta de Chatenai cerca de Macon, se encontraron 48 cabezas de hombres que había degollado y cuyas carnes se había comido, como si fueran cabezas de ganado.

Las naciones que han estado ó están al frente de la cultura intelectual, las que por las artes, la industria, el comercio, las letras y las ciencias se hallan actualmente en la cúspide de la humanidad, las que por todas partes llevan la antorcha del saber y de la justicia, las que pretenden por lo ménos importar estos elementos á las más atrasadas, sacrificándolas y acabando con ellas cuando no realizan la imposible tarea de hacerles salvar de un salto los inmensos espacios que separan sus respectivas civilizaciones, esos pueblos conquistadores se convierten, en ciertas circunstancias, en fieros antropófagos como los pueblos conquistados.

Por dos ocasiones, en la conquista del Nuevo Mundo, vióse á los españoles alimentarse de carne humana.

Primeramente, con motivo de la desgraciada expedición de Pánfilo de Narvaez á la Florida en 1528, húbolos que se comieron unos á otros. «Cargaron, dice Herrera, tanto los frios y tempestades, que ya los indios no podían coger las raíces ni pescar; y faltando la comida, y por ser las casas muy desabrigadas, la gente perecía; y cinco cristianos, que en un rancho se mantenían en la costa, llegaron á tal extremo que se comieron unos á otros, hasta que quedó uno, que no hubo quien le comiese. Estos eran Sierra, Corral, Palacio, Diego Lopez y Gonzalo Ruiz, que quisiera más la muerte, que verse vivo en tan miserable estado; y los indios, con ser bárbaros se escandalizaron mucho de este caso» (1).

(1) *Herrera*, Dec. 4, lib. 4, cap. 7.—*Saco*, *Historia de la Esclavitud de los Indios en el Nuevo Mundo*, pág. 234.

Después en 1536, cuando Felipe Gutierrez fué á poblar la tierra de Veragua: fracasada su empresa, no fueron esclavizados los indios, pero sí se perpetraron en ella otros horrores, pues consumidos los víveres que llevaron los castellanos, y no bastándoles sus caballos ni las hierbas del campo, se comieron á uno de sus compañeros que estaba enfermo. Además, habiendo otro castellano dado muerte en su cólera á un indio que llevaba, y encontrando su cadáver dos de los cristianos, llamados Diego Gomez y Johan de Ampudia, se entregaron al acto que describe Oviedo en estos términos:

«Paresciéndoles que se les aparejaba buena cena, acordaron de pasar allí aquella noche á celebrar las obsequias de aquel indio y sepultarle en sus mismos vientres. . . . El caso es que por saciar su hambre é necesidad, hicieron fuego é hartáronse de la carne de aquel indio, bien ó mal assado».

«Otro dia siguiente estos dos hombres é otros que no yban ménos flacos é hambrientos, llegaron con los postreros á otros buhíos, donde ninguna cosa avía qué comer y perescian de hambre: é aquellos dos que ya se avían cenado el indio, mataron un chripstiano que se decia Hernand Dianas, natural de Sevilla, que en su compañía yba doliente, é comieron dél estos dos malos hombres, é ayudáronles á ello un gentil hombre catalan, llamado Johan Maymon, é otro que se decia Johan de Guzman, natural de Toledo, é Johan Becerra de Truxillo, é Diego de Ecija é otros hasta en número de diez, é juraron todos de no lo descubrir. Después que ovieron comido aquel pecador, durmieron allí aquella noche. El dia siguiente se partieron, é caminando, fueron á tener la noche á otros dos buhíos que estaban ya á legua é media ó dos leguas del real é pueblo de la Concepcion, donde el Gobernador estaba; y essa noche los mismos dos hombres Johan de Ampudia é Diego Gomez, que eran caudillos en este manjar de carne humana, é otro tal como ellos, mataron otro español que estaba doliente é se decia Alonso Gonçalez, natural de Ronda, y ellos é los otros siete se lo comieron assí mesmo: é aquellos matadores ovieron malas palabras sobre cuál dellos avia de comer los sesos, y venció el Johan de Ampudia, que era el peor é más crudo de todos, é aquel los comió, é aun el mismo debate tuvieron del hígado».

Agrega Oviedo,—citado por Saco, de quien tomo estos datos,— que este horrible crimen no quedó impune, pues revelado al Gobernador de la Provincia por Juan de Guzman, uno de los más culpados, logró éste se le pusiera en libertad, mientras que Juan de Ampudia y Diego Gomez fueron condenados á la hoguera como principales delinquentes, y á los otros siete se les hizo herrar con una C en la cara al fuego, y que sirvieran al Fisco como esclavos durante su vida (1).

Pasemos á otro ejemplo en extremo interesante.

En 1836 naufragó la fragata francesa *La Medusa* á doce leguas de las costas de Africa. De los ciento cincuenta desgraciados que fueron abandonados en una balsa sin alimentos, quince solamente sobrevivieron, siendo salvados despues de trece dias de las mayores angustias. M. Savigny, cirujano de dicha fragata, ha trazado una animada descripcion de lo que observó en sus compañeros de infortunio y en él mismo, descripcion que hemos leído últimamente y que, como trabajo científico, sirve de base á los estudios sobre los efectos de la abstinencia. De dicha tesis sacaremos un extracto en la parte que se refiere á las lesiones morales.

«De la consternacion pasaron los soldados y marineros á una desesperacion violenta que se significó por gritos de furor y de venganza contra aquellos que en los botes nos abandonaban á tantos males y peligros; pero el deseo imperioso de la conservacion hizo callar todos los temores por un momento. . . . Bien pronto se vió reinar mucha incoherencia en sus discursos; á los recuerdos de la pátria, familias y amigos sucedian de repente ideas extravagantes; los unos exclamaban que veian la tierra, otros divisaban buques que venian en nuestro socorro, y todos anunciaban esas falaces visiones con gritos repetidos. Dos jóvenes grumetes y un panadero se dieron la muerte arrojándose al mar. Por mi parte, aunque con bastante firmeza para calcular la extension del riesgo, sentia sin embargo que algunas veces se turbaban mis ideas y que varios objetos imaginarios pasaban por delante de mis

(1) Oviedo, Historia General y Natural de las Indias, lib. 28, cap. 6.—Herrera, Dec. 5, lib. 9, cap. 11.—Saco, Historia de la Esclavitud de los Indios en el Nuevo Mundo, págs. 233 y 234.

ojos; experimentaba en el estómago dolores atroces, como si me lo arrancaran con tenazas, y movimientos de rabia se despertaban en mi corazón. Excitados los soldados y marineros, y en la creencia de que iban á ser tragados por las olas, se precipitaron sobre un tonel de vino y bebieron bastante cantidad; pero en breve se notaron sus terribles efectos, pues queriendo destruir la balsa, tuvo lugar un gran combate con los que procuraban salvarla, y la locura en algunos suscitaba las ideas más bárbaras; cinco ó seis de aquellos se apoderaron de un capitán de infantería, igualmente enagenado, y lo echaron al mar; pero salvados por los otros, intentaron abrirle los ojos con una cuchilla. No eran más de veinte ó veinte y cinco los que conservaban alguna esperanza, sin que por esto gozasen de completa razón, pues la inquietud y las más crueles privaciones se la habían alterado: los ojos se cerraban sin querer, y se sentía un embotamiento general: imágenes risueñas mecían la imaginación; y los infortunados que no lograban combatir estos síntomas, se volvían furiosos ó caían en un anonadamiento, del que era imposible sacarlos; otros se lanzaban al mar, ya despidiéndose con cierta sangre fría, ya para alcanzar algún objeto que creían percibir; otros se dirigían, sable en mano, contra sus compañeros, exigiéndoles algún alimento». La desconfianza, el egoísmo y hasta la brutalidad eran las únicas pasiones que agitaban nuestros corazones, y con barbara indiferencia se contemplaba el cadáver de un compañero de infortunio, que acababa de sucumbir bajo el peso de tantas privaciones; mas recuérdese que aquellos desventurados, abrumados de miseria, y para quienes el universo estaba reducido á un piso de algunas toesas que se disputaban las olas encima del abismo, habían dejado de ser hombres y eran incapaces de calcular sus acciones, siempre dictadas por una imaginación perturbada.

Esos actos de desesperación nos privaron de la mayor parte de nuestros compañeros; y de 150 que éramos, no quedamos más que 15 durante cinco días completos.

Una vez escapados de tan angustiosa situación, algunos de los supervivientes experimentaron todavía ataques de delirio y uno de ellos quiso arrojarse al mar en busca de una cartería. «La exaltación moral que me ocasionaron tantos sufrimientos, dice el Dr. Savigny, se pro-

longó por lo ménos quince días más despues de nuestra salvacion; hallábame continuamente excitado, y á menudo en medio de la noche me despertaba, creyéndome todavía sobre la balsa; uno de mis compañeros se quedó sordo y por largo tiempo en un estado de idiotismo; otro ha experimentado momentos de ausencia ó éxtasis bien pronunciados; y yo he visto debilitarse mi memoria de un modo muy notable; la menor causa me irrita, soy de una susceptibilidad excesiva, y mi corazón está ávido de peligros. En aquellos momentos terribles, realmente estábamos atacados de una verdadera fiebre cerebral, consecuencia de una exaltacion moral llevada al extremo» (1).

Y refiere el autor que, «En medio de aquel desórden, algunos infortunados, atormentados por un hambre excesiva y exaltados por la espantosa situacion en que se hallaban, se atrevieron á arrancar algunos pedazos á los cadáveres de que estaba cubierta la balsa, y los devoraban al instante. Los oficiales y algunos pasajeros, á quienes me agregué, no pudieron vencer la repugnancia que inspiraban una alimentacion tan horrible».

Debemos agregar que los tres hombres que durante 52 días permanecieron abandonados sobre *La Medusa*, aunque en posicion ménos crítica que los que ocupaban la balsa, no pudieron vivir en mejor inteligencia: manteníase cada cual en algun rincón del buque como en una especie de trinchera; no salian de su escondite sino para ir en busca de víveres; y cuando se encontraban se ponian furiosos y trataban de acabar los unos con los otros á cuchilladas.

Acerquémonos más á nuestros días.

En el mes de Agosto del pasado año de 1884 ocurría un caso de antropofagia en los Estados Unidos. Algunos obreros del camino de hierro encontraron á orillas del río Kicking-Horse un sujeto medio muerto y al parecer atacado de demencia, á quien volvieron á la vida y á la razon los cuidados inteligentes que se le prodigaron: era un minero de California llamado William Owens, que á mediados de Junio

(1) *J. B. H. Savigny*, Observations sur les effets de la faim et de la soif éprouvées apres le naufrage de la frégate du Roi *La Meduse* en 1816; in *Thésés de París*, t. III, núm. 84, 1818.

partió de Kamloops con otro minero, Joseph Williamson, con el objeto de descubrir minas en una de las Montañas Rocallosas. Proponíanse los viajeros llegar al río Columbia; pero ántes de lograrlo les faltaron los víveres, y durante seis días y medio han caminado sin tener nada que comer. Al finalizar el sétimo día, estenuado Williamson, se acostó por tierra, diciendo que no podía ir más léjos, y poco despues murió. Entónces Owens se puso á cortar con su cuchillo tajadas de carne en las piernas y muslos de su difunto compañero, y comiendo esta carne á pequeños bocados, pudo continuar su camino. Cuando dieron con él hacía ya seis días que vivía de carne humana, y todavía conservaba una corta provision envuelta en su pañuelo. Poco faltó para que este desgraciado pereciese de hambre; pero el instinto de la conservacion le arrastró al canibalismo (1).

Algunos meses más tarde, en el de Diciembre, llegaba á Lewes, Dalaware, la goleta *Helen Angel*, teniendo á bordo al piloto Marshal Bertrand y un marinero, recogidos en una canoa que se habia extraviado por accidentes marítimos cuando contenía tres hombres. Miéntras volvian del Pennsylvania al Turley sobrevino la noche, creció el mar y no fué ya posible dirigir la débil embarcacion; al apuntar el día sus tripulantes vieron que eran rápidamente arrastrados hácia alta mar; el frio era excesivo, y no tenían víveres ni agua; los vestidos encerados de los tres hombres se helaron sobre sus cuerpos; tres días transcurrieron en medio de los más crueles sufrimientos, el delirio se apoderó de los marineros, que eran noruegos, y arrojaron al mar los remos y cuanto pudieron coger; uno de ellos, desenvainando su cuchillo, trató de herir al piloto, gritando que quería degollarlo y beber su sangre; pero el desgraciado estaba tan débil que ninguno de sus golpes produjo el menor efecto; cayó de súbito y espiró despues de algunas convulsiones. Ocurriósele entónces al piloto que el cuerpo del hombre que habia querido matarlo, podría servir para prolongar su

(1) Este caso y los siguientes han sido recogidos en las publicaciones periódicas de la época, y particularmente en el *Courrier des Etats Unis*, 16 et 23 Aoút, 6 Décembre 1884 y otros.

vida, y participó su proyecto al otro marinero, Swanson (Alfredo), que lo aprobó. Los dos supervivientes reunieron las pocas fuerzas que les quedaban para arrancar los vestidos helados que cubrían el cadáver, y así que los hombros y el pecho estuvieron desnudos, metieron sus cuchillos y chuparon ávidamente la sangre que se escapaba por las heridas; cortaron en seguida algunas tajadas de carne y se las comieron; confortados con esta horrible comida, divisaron como á una milla de distancia un buque que iba derecho hácia ellos, y desde que tuvieron la certeza de que los habian visto y marchaban en su auxilio, arrojaron al mar lo que quedaba del cadáver,—en lo cual procedieron con alguna precipitacion, al desaparecer la prueba de que la muerte de aquel marinero noruego habia sido enteramente natural. El piloto Bertrand tenía un pié helado; pero su salud era satisfactoria, así como la de Swanson.

Los dos hechos á que voy ahora á referirme son de todos conocidos: acaban de suceder, hemos sido testigos de ellos, si no de vista, á lo ménos de oidas, pero con tales garantías y tal autenticidad, que los tribunales de justicia han contribuido con sus pesquisas y fallos á dilucidar la cuestion y á dirigir la moral humana.

El yacht *Mignonette* viajaba de Southampton hácia la Australia, en el mes de Mayo del año anterior; á 1,600 millas del cabo de Buena Esperanza zozobró á los golpes de una espantosa tempestad; y los cuatro hombres que á bordo habia,—el capitan Thomas Dudley, su segundo Edwin Stephens, el marinero Brooks y el jóven grumete Richard Parker,—tuvieron apénas tiempo de echarse en una barca de 4 metros de largo, con dos potes de conservas de nabos por únicos víveres.

Perdidos en alta mar, con un tiempo horrible, y muriéndose de hambre y de sed, despues de diez y ocho dias de atroces sufrimientos, se decidieron á matar á Richard Parker para beber su sangre y comer la carne de aquel mozo, que, por otra parte, no hubiera tardado en morir naturalmente, segun lo débil que estaba. A los veinte y cuatro dias apareció en el horizonte la barca alemana *Montezuma*, recogió á los tres náufragos y los llevó á Inglaterra, en donde el capitan Dudley contó espontáneamente la comida que habian hecho.

En las declaraciones tomadas á los testigos consta que Brooks, el marinero, se habia opuesto enérgicamente á que se sacara en suerte quién debia morir para apaciguar el hambre y la sed de los otros, y al asesinato de Parker. «Usted tiene mujer é hijo, les dijo el capitán; usted tambien, Stephens, y yo igualmente. El pequeño Parker no tiene padre ni madre, hijos ni mujer; está ya moribundo, y á él es al que debemos sacrificar». Hubo despues largas vacilaciones, naturales escrúpulos y terribles ademanes entre aquellos tres hombres impulsados por tamaña tortura; y al fin Dudley, dirigiéndose al grumete, le dijo: «Tu hora ha llegado»; y el pobre muchacho exclamó: «Qué! yo, señor!», pereciendo en seguida al golpe de cuchilla con que el capitán dividia su cuello, miéntras Brooks se desmayaba.—Antes éste le habia aconsejado que dejase la muerte para el dia siguiente, pues quizás pasaria algun buque; mas el tiempo trascurió en vano y la situacion se agravaba cada vez más; Stephens ya no podia andar y tenía que arrastrarse en el fondo del bote, la sangre se habia coagulado en las piernas del capitán, que estaban negras como tinta; Brooks tenía las rodillas hinchadas y la lengua dura como una piedra; por momentos todos deliraban; medio desnudos, se veian aún obligados á quitarse las camisas y hacer con ellas velas para su barca, que á cada instante desgarraba el viento; y si no hubiesen tenido un cadáver que comer, hubieran sucumbido ciertamente ántes que llegara el buque salvador! Vuelto en sí de su desmayo, obligóle la sed á reclamar una parte de la sangre de la víctima, que sus dos compañeros recogian en un cubo.

No acertando á decidir el jurado que intervino en el asunto, hubo de encomendarlo al Tribunal de interpretacion de leyes, el que resolvió por unanimidad que los náufragos de la *Mignonette* eran reos de crimen de asesinato voluntario. Es verdad que ellos se hallaban forzados á defenderse contra el hambre; pero esto no era una razon para matar y comerse al desdichado Parker, que no era sin duda el autor de sus sufrimientos; y los ingleses han considerado que la sociedad sería imposible si todo fuese lícito con tal de salvar la vida. La Reina, sin embargo, ha ejercido el derecho de gracia no sólo con respecto á la pena capital, sino tambien para una parte muy considerable del encarcelamiento; y este rasgo de clemencia se explica asimismo, recor-

dando la terrible situación en que se encontraban los naufragos en el momento de la carnicería: eran unos hombres que no habían perdido por completo el sentido moral, pero que por instantes deliraban.

Pasemos ahora á relatar someramente los horrores del cabo Sabina, ocurridos con motivo de la expedición de Greely, en la cual perecieron 18 hombres que, sanos y llenos de entusiasmo, habían salido tres años ántes, en 1881, para un destierro voluntario, á las tristes y eternamente heladas regiones del Mar Ártico, sólo por amor á la ciencia y sin más recompensa que la gloria. De los 23 individuos que componían el personal de la expedición, 17 habían muerto ya cuando arribaron los buques del comandante Schley al Cabo, y nada más que 6 fueron encontrados vivos: de los primeros, 11 habían sido enterrados junto al campamento en que se extraviaron los supervivientes, y los otros 6 se decía que habían sido arrastrados por las olas. La indagación judicial ha demostrado que aquellos habrían muerto también, si no se hubiesen sostenido con las carnes de los cadáveres; y examinado el del soldado Whistler, entre otros, pudo verse inmediatamente que todas las carnes de los miembros y de la espalda habían sido cortadas, dejándose sólo intactos la cara, el pecho y las extremidades; que habían sido hábilmente separadas de los huesos, pero sin que se descubrieran indicios de violencia anterior á la muerte, y existiendo por el contrario las pruebas de que ésta había tenido lugar por inanición. La autopsia del teniente Kislingbury demostró que desde la parte superior del esternon y las clavículas hasta la 5ª costilla del lado izquierdo y hasta la última del lado derecho, habían sido quitados la piel y los músculos; lo mismo que la piel y los músculos de la parte anterior y posterior de los muslos, ménos la que cubre las rodillas; los de la pierna izquierda hasta por encima de los tobillos; los de la derecha igualmente hasta cinco pulgadas de la misma coyuntura. No había vestigios de tegidos ó músculos en ninguno de los dos brazos, incluyendo los del hombro hasta la muñeca, excepto en el antebrazo derecho, donde existía la membrana interósea. El exámen de la región posterior del cuerpo demostró que la piel y los músculos de la espalda, desde la 7ª vértebra cervical, habían sido completamente disecados y desprendidos de los huesos, exceptuando dos pedazos de piel de 2 á 3 pulgadas cuadradas á los lados del

sacro. Los huesos de la pelvis estaban completamente desnudos. A nuestro juicio, terminan los peritos Dres. Bueckley y Mandeville, las carnes fueron separadas con instrumento cortante. Las que quedaban en los piés, manos y cara, no presentaban signos de descomposición.

Bastan estos datos para formarse una idea exacta de aquellas escenas de canibalismo *post-mortem*; pero no son suficientes para calcular las circunstancias aflictivas en que se encontraron aquellos hombres. En Marzo de 1884 hallábanse alojados en una choza que medía 1700 piés cúbicos de aire, es decir, cerca de 70 para cada uno de los 25 que allí estaban; era imposible que todos se estirasen á la vez, y rendidos por la asfixia estuvieron á punto de perder la vida. Tales condiciones debilitaron considerablemente á muchos de los exploradores; el agua la obtenían de un lago artificial, derritiendo hielo, lo cual indica que siempre la usaban impura; durante nueve meses estuvieron privados de calor artificial, teniendo que vivir en una temperatura de 5° á 10° bajo cero durante el invierno; y para lograr mayores probabilidades de salvarse, imitando á los animales invernantes, dormían de 16 á 18 horas al día. Agotadas las raciones, empezaron á alimentarse de camarones, musgos, líquen negro y de la piel de foca de los sacos de dormir. Pasaban días enteros sin comer nada, se les hinchaban los piés y la cara, acusaban espasmos dolorosos en la region del corazon, convulsiones generales, y la muerte era por lo regular producida por la hidropesía del pericardio. El cuerpo del soldado Connell exhalaba un olor fuerte y repugnante; habia enflaquecido á tal grado que la piel le colgaba en bandas de los miembros; tenía la cara, las manos y el cuero cabelludo cubiertos de una costra negra de sebo y polvo, porque en diez meses no se habian lavado ni cambiado de ropas; el sistema nervioso excitable, y á veces se ponía casi irracional; los ojos abiertos y sin fijeza; no hablaba más que de la comida sin cesar, pidiéndola con tínuamente; respiracion pueril; pulso á 52, blando y depresible; marcado ruido de soplo en la base del corazon durante la sistole....

Hé ahí sin duda muy crueles y prolongados padecimientos, con los cuales parece incompatible la existencia de una mente sana,

serena y vigorosa para acallar, ante la grata perspectiva de alimentarse de algún modo, las enérgicas reclamaciones del estómago, ó mejor dicho, del organismo entero.

Pero, en honor de la humanidad sea dicho, en muchos de esos sucesos no han faltado quienes hayan conservado los sentimientos más elevados y exquisitos: ya es Brooks, que se opone al sacrificio del mozo de la *Mignonette*, que se desmaya al verlo perpetrado, pero que, vuelto en sí, reclama su parte de sangre para mitigar la sed; ya algunos náufragos de la *Medusa* procuran calmar la fiereza de sus indómitos compañeros; ya otros prefieren mil veces la muerte, que la vida sostenida con los restos humanos; ya son los ocho mineros de Bois-Mouzil que permanecen encerrados 136 horas en una hullera: desde el primer día se habían repartido media libra de pan, un pedazo de queso y dos vasos de vino, que uno de ellos había llevado á la mina y no quiso guardar únicamente para sí; y otros dos que habían comido ántes de entrar en la mina, se negaron á tomar parte en la distribución, diciendo que no debían morir más tarde que los otros; aunque es preciso agregar que aquellos desgraciados, que durante cinco días no habían tomado el menor alimento, no sufrieron tanto, porque la atmósfera húmeda que les rodeaba y la inmovilidad en que yacían concurren como poderosos factores para hacerles ménos penosa su situación. «¿Qué hubiera sido, pregunta Longet, en el caso contrario?» (1).

El tipo moral por excelencia,—muy difícil siempre de alcanzar,—sería el que con pinceladas maestras trazó el Dante en su Divina Comedia. Un padre como Ugolino, entregado él y los suyos al hambre, en una torre tenebrosa é inaccesible, abandonado del cielo y de los amigos, no tanto siente las torturas de aquella terrible necesidad, como la desesperación de asistir á la agonía de sus hijos, inocentes criaturas á quienes la venganza condenó también al suplicio, cual si fueran infames culpables (3).

(1) Longet, *Traité de Physiologie*, t. I. pág. 24.

(2) Dante. *L' Inferno*, canto XXIII.

Cruel debió ser su implacable enemigo para no condolerse de lo que le presagiaba su corazón en aquella patética escena:

Ben sé crudel, se già tu non ti duoli,
Pensando ciò che 'l mio cor s' annunziaba:
E se non piangi, di che pianger suoli?

Sus hijos lloraban; pero él no podía, porque su corazón estaba empedernido:

Io non piangeva: si dentro impietrai:
Piangevan elli:

De pena comenzó á morderse las manos; y creyendo ellos que lo hacía por ganas de comer, levantáronse de pronto y le dijeron: «Padre, será mucho ménos nuestro dolor si comes de nosotros: tú nos vestistes de estas miserables carnes; ¡aprovéchate de ellas»:

E disser: Padre, assai ci fia men doglia,
Se tu mangi di noi: tu ne vestisti
Queste misere carni, e tu le spoglia.

Uno tras otro fueron falleciendo entre el quinto y el sexto día:

Ah dura terra! perché non t' apristi?

Y luego, ciego ya, iba buscando á tientas á cada cual, y dos días estuvo llamándolos despues de muertos, hasta que por fin pudo en él, más que el dolor, el hambre!

Poscia, piú che 'l dolor, poté il digiuno!

Y terminada la triste historia, prorrumpe Dante en amargas invectivas contra Pisa, porque si Ugolino entregó sus fortalezas, no era razón para que condenara á sus hijos á tal suplicio:

Non dovei tu i figliuoli porre á tal croce.

No vacila el poeta en personificar el ideal hasta en unos seres, cuya edad suministra á menudo pruebas evidentes del salvagismo, esa

edad correlativa de la humanidad; pero, según el preceptista latino, esto le es permitido al artista: *quid libet audendi*.

Los casos que acabábamos de revisar ofrecen no pocos puntos de semejanza y algunos también de diferencia, en los cuales sería menester detenerse para hacer un estudio acabado del asunto, cual su importancia requiere; pero para ello habría que darles una extensión y prolijidad que no debo permitirme, y por tanto prefiero terminarlos con algunas breves deducciones.

Tanto en los tiempos más remotos como en nuestros días, tanto en el estado de salvajismo como en el de ilustración, existe la antropofagia como un hecho natural y debido á condiciones que la explican plenamente: pero en un caso es un fenómeno general y constante, mientras que en el otro es raro y extraordinario; en el uno es una consecuencia de los impulsos egoístas entonces predominantes, ó está de acuerdo con sentimientos al parecer benévolos, y en el otro es una violación de las reglas de moralidad establecidas y acatadas por todo el mundo; allá no sale de los límites de la normalidad, y acá no se presenta sino fuera de ella. Por donde quiera que el hombre civilizado llega á encontrarse acosado por el hambre, puede transformarse en un antropófago: pero el hombre hambriento no es un hombre sano, es un hombre enfermo *totius substantiæ*, y cuyo cerebro puede unas ocasiones permanecer firme, presidiendo como soberano rector todas sus disposiciones voluntarias y asistiendo impasible á la sucesiva y total desintegración de sus órganos, ó en otros casos se rinde desde el principio y cae esclavizado á necesidades, tanto más imperiosas cuanto más subalternas. El hombre inaniciado es un hombre que sufre, y el hombre que sufre es naturalmente egoísta; porque la enfermedad actúa en sentido diametralmente opuesto al de la evolución fisiológica: ésta prepara y facilita el brote y desarrollo de los sentimientos simpáticos; aquella les opone siempre una barrera, que es á menudo inquebrantable!

ANTONIO MESTRE.

Febrero 1º 1885.

LAS ETIMOLOGIAS DE LA ACADEMIA.

IV.

Pasemos á entresacar, casi á la ventura, en el compacto texto del Diccionario oficial, algunas voces sobre cuyo origen guarda silencio, ó que atribuye á idiomas extranjeros diversos del árabe, ó que al derivarlos del latín los saca de una raíz que no es la verdadera.

Acuciar—*Acutiare*, lo mismo que *aguzar*; de *acutus*, agudo.

Ahelear—*Fellire*.

Ajonje—*Axungia*.

Andar—*Ambitare*, frecuentativo de *ambire*.

Andullo—*Inductilis*.

Añojo—*Annuculus*.

Apesgar—*Appesicare*.

Aprisco—*A priscus*, en lo anterior, en lo acostumbrado.

Arcen—*Agger*.

Armon—*Artemon*.

Arzon—*Artionem*, de *artio*.

Arreo—*Ad retrum*, para atrás; de donde también provienen *arrear* y el francés *arrière*. Muchos días *arreo*, quería decir muchos días atrás, seguidos; un *arreo* de mulas ó de hombres eran muchas mulas ó muchos hombres á continuación, uno detrás de otro. De ahí

los verbos *arrear* y *arriar*, los sustantivos *arria* y *arriero*, y la interjeccion *arre*. De ahí la acepcion más nueva de *arreo*, aparejo para vestir bestias que marchan, ó para ir los hombres á la guerra.

Auca—*Avica*, diminutivo de *avis*. De *auca* se dijo en castellano *oca*.

Babor—*Bassus bordus*, el bordo de abajo, en contraposicion al de *estribor*, ó bordo de la derecha.

Badajo—*Badatgium*.

Bahía—*Baja*.

Baldado—*Balteatus*, de *balteare*, vendar.

Balde (adverbio)—*Válide*.

Baliza—*Palitia*. Esta palabra no está en el diccionario académico.

Banda—*Baltea*, de *balteus*. Esta es una de tantas palabras tenidas por germánicas siendo latinas. Variante ortográfica, *venda*.

Bastardo—*Bastardus*, de *bastum*; engendrado sobre un *basto* ó enjalma.

Beleño—*Veneneus*, de *venenum*.

Belitre—*Velites*, soldado volante, armado á la ligera. El cambio de *v* por *b*, y la posposicion de *r* á *t*, eran corrientes en romance.

Borracho—*Burraceus*, lleno de *burra*, ó heces de vino.

Borricon—*Buricus*.

Boya—*Boja*, cuerda ó cadena; de donde tambien *bojar*, dar vuelta á alguna cosa.

Brecha—*Fracta*, rota.

Bufete.—No es tomado del francés, sino derivado de *buffare*, soplar; por lo que al principio significaba soplador ó fuelle.

«Sopraban como *bufetes* en aquellos canones».

Alex. 1973.

Bureo.—Diminutivo de *bura*, cierta tela de lana, de donde tambien se formó *burato*. La forma francesa *bureau*, léjos de haber dado origen á la castellana, es posterior á *bureo*.

Cabazon—*Capitum*, de las cabezas.

- Cacho—*Captum*, cogido.
- Cachucha—*Capitúcea*.
- Calandria.—En el sentido de máquina, es corrupcion de *cylindros*.
- Calaña—*Calánea*, cosa baja; de *calar*.
- Canijo—*Caniculus*, de *canis*, perro.
- Cangrejo—*Cancerellus*.
- Cañamazo—*Cannabaceus*.
- Caramelo—*Calamellus*, diminutivo de *calamus*, caña, como *ca-ramillo*.
- Caribe—*Chalybis*, pueblo de Asia, que Colon creyó hallar en América.
- Carrizo—*Cariceus*.
- Catar—*Captare*.
- Cenceño—*Cincinnus*.
- Cimarron—*Cimardus*, el que anda por las cimas.
- Cocuyo—*Cuculus*.
- Cocho—*Coctus*, cocido.
- Coime—*Comes*, compañero.
- Combo—*Cóncavus*.
- Comilon—*Comedone*.
- Conducho—*Conductus*, conducido; porque el conducho eran las provisiones que se llevaban para el camino.
- Corneja—*Cornícula*.
- Cosecha—*Co-secta*, cortada en compañía.
- Crisol—Del griego *chrysos*, oro, porque servía para fundir oro. De *crucibulum*, que dá el inglés *crucible*, no puede salir *crisol*.
- Cuidar—*Cogitare*.
- Cuitado—*Cogitatus*.
- Chanza—*Cadentia*.
- Chapeo—*Capellus*. No se tomó del francés *chapeau*.
- Chato—*Platus*.
- Chivo—*Cibbus*, comida.
- Choza—*Plutea*, plural de *pluteum*, abrigo, reparo.
- Chus—*Plus*.
- Chusma—*Plurima*, superlativo femenino de *plus*.

Denguæ—*Denique*.

Derrochar—*Disruptare*.

Duende—*Domitus*.

Embuste—*Impositus*, de *impono*, imponer.

Encina—*Ilicina*.

Engastar—*Incastare*.

Enseña—*Insignia*, de donde, y no de *insignire*, viene tambien *enseñar*.

Equipar—Proveer los barcos, mediante *esquife*: de donde tambien el criollo *esquifacion*, equipo de los esclavos.

Escamotar—*Ex-commutare*.

Escapar—*Scaphare*, salvarse en *scapha*, ó barca pequeña.

Escote—*Scotum*, contribucion ó censo.

Escusar—*Ex-curare*, de *curare*, cuidar.

Esmalte—*Smaltum*, de *maltha*, especie de cimiento.

Espalmar—*Ex-palmare*.

Esperanza—*Sperantia*, de *spero*; como *constantia*, de *consto*.

Esperozo—*Ex-perrectus*.

Esquivar—*Scaphae*, de *scapha*, bote ó *esquife*, como *escapar* y *equipar*.

Estantigua—*Stantícula*, diminutivo femenino de *stante*, lo que está ó permanece en un punto. «*Estantiguas* llama el vulgo español, dice Hurtado de Mendoza, á semejantes apariencias ó fantasmas que el vaho de la tierra, cuando el sol sale ó se pone, forma en el aire bajo, como se vén en el alto de las nubes formadas en varias figuras y semejanzas.»

Este—*Dexter*, el lado de la derecha en el mapa.

Estofado.—No es del francés, sino de *estofar*, rellenar, y éste de *stuppa*, estopa.

Estregar—*Ex tricare*.

Etribor—*Dextri bordus*, el bordo de la derecha.

Estuche—*Stugium*.

Facistol—*Facis stallium*, el asiento y el átrio de enfrente en el coro. De ahí dicen en Cuba *fasistor* á toda persona amiga de ponerse en evidencia.

Farándula—No es una voz alemana, sino más bien *barándula*, diminutivo de *baranda*.

Farota—Femenino de *faraúte*, ó heraldo.

Ficha—*Ficta*, fingida.

Fideo—*Filellus*, diminutivo de *filum*, hilo.

Fisga—*Pisca*.

Flamenco—*Flaminicus*.

Flecha—*Flexa*, dirigida.

Flor—En el sentido de manía ó costumbre no viene de *flos, floris*, sino de *fluor*, flujo.

Flojo—*Fluxus*.

Flux—*Fluxus*, por el flujo ó afluencia de cartas que tiene el jugador.

Folias—De *follare*, agitarse, moverse mucho.

Follon—*Fullo*.

Forjar—*Fabricare*.

Frasco—*Pilasca*.

Gaje—*Vadem*, de *vas*, seguridad; y de ahí también *gajo*.

Gancho—*Cancellus*.

Ganso—*Ansa*.

Garza—*Cerceta*.

Gazapo—*Dasypus*.

Gerifalte—*Gyrofalculus*, halcón que gira.

Godeño—*Gaudinnus*, que goza.

Godizo—*Gauditius*.

Gonce—*Contus*.

Gorro—*Gurdus*, lo mismo que gordo, por el gran tamaño de los primeros que se usaron.

Grito—*Quíritus*. De aquí viene también el alemán *krieg*, guerra.

Granza—*Varantia*, una hierba de tinte.

Guano—*Vanus*.

Guía—*Via*.

Hacha—En el sentido de antorcha, viene de *fácula*.

Hechizo—*Facticius*.

Heñir—*Fingere*.

- Hinojo—*Fenniculum*, y no *feniculum*.
 Holgar—*Folicare*.
 Hollar—*Fullare*, de *fullo*, amasador.
 Hormigon—*Fornicum*, de las bóvedas.
 Hoyo—*Fodio*.
 Jaco—*Equo*.
 Jagua—De *xaguar*, y éste de *ex aquare*, desaguar, por el zumo ó agua que suelta ese vegetal.
 Jamelgo—*Famelicus*.
 Jeme—*Cheme* (gr.) abertura, medida.
 Jerga—*Serica*, como *sarga*.
 Joya—*Gaudia*, plural de *gaudium*.
 Lacio—*Flaccidus*.
 Laja—*Laxa*.
 Lance—*Lancem*, de *lanx*, platillo de la balanza.
 Lancha—*Planca*.
 Láudano—*Ladanum*, cierta goma resinosa.
 Léjos—*Laxus*.
 Lindo—*Limpidus*.
 Loco—*Loquor*.
 Logia—*Laubia*, de donde también su equivalente *lonja*.
 Machar—*Maculare*.
 Manada.—Lo mismo que *mesnada*.
 Mandria—*Mandra*, conjunto de bestias.
 Manejo—*Manipulus*.
 Mangle—*Márgine*.
 Maniquí—*Maniquinus*, diminutivo de *manicus*, mango.
 Manojó—*Manupulus*.
 Manteo—*Mantelum*, como el francés *manteau*, forma más moderna.
 Maña—*Mania*.
 Maraña—*Maranea*, de *maria* ó *mara*, pantano; por la maleza que á éstos rodea.
 Marmota—*Murem montis*, raton de monte.
 Mastin—*Canis masnatinus*, para cuidar la *masnata*, mesnada ó manada.

Melindre—*Milimindrus*.

Mellizo—*Gemelliceus*.

Menear—*Minare*, llevar delante.

Menguar—*Minusculare*.

Mesnada—No tiene nada que ver con el francés *mener*. Proviene, lo mismo que manada, de *masnata*, contracción de *mansionata*, alojada en la casa.

Meson—*Mansionem*, de tan gran antigüedad en nuestra lengua como en francés *maison*.

«Cayeron en gran mengua en esa *maison*».

Berceo, S. D. 444.

Mestizo—*Mixticius*.

Metralla.—De *metalia*, lo mismo que medalla; esto es, metálica.

Mezclar—*Misculare*.

Milano—*Milvanus*.

Mojar—*Molliare*, ablandar.

Molde—*Mollis*.

Molleja—*Mollícula*.

Mondonga—*Mundúnica*, de *mundare*, limpiar; la que limpia.

Mondongo—*Mundunicus*, limpiado.

Mozo—*Mustus*.

Moño—*Munio*.

Muñir—*Munire*.

Muñidor—*Munitor*, el que suministra; no *monitor*, el que aconseja.

Muchacho—*Mulctaceus* de *mulctum*; supino de *mulgeo*; el que ordeña.

Murga—*Musica*.

Norte—*Northus*.

Oeste—*Ob-dexter*, *ob-este*, el lado contrario al *dexter* ó *este* en el mapa.

Ogro—*Orcus*.

Ola—*Unda*.

Orage—*Auraticus*, y este de *aura*.

«Cámbiase el *orage*, ensánnase la mar».

Alex. 2,136.

Orondo—*Orundus*, de *orare*; el que habla mucho.

Otero—*Altarium*, lugar alto.

Paje—*Pagicus*, de *pagus*, aldea.

Parejo—*Parículus*.

Panoja—*Pannucula*.

Patraña—*Patrúnea*, relacion paterna para entretener al hijo.

Payo—*Pagius*, de *pagus*; como el catalan *pagés* ó *payés* viene de *pagensis*, tambien de *pagus*.

Peaje—*Pedagium*.

Pega—*Pedica*.

Pegujar—*Peculiaris*.

Peldaño—*Pelletaneus*, hecho de piel.

Pelleja—*Pellicula*.

Pellizco—*Pelleticus*, y lo mismo *pelleticare*, pellizcar.

Penca—*Pennica*.

Pendencia—*Penitentia*.

Peña—*Pinna*.

Perla—*Pirula*, perita; por la forma que era comun en las perlas.

Perro—*Petreus*, pisapiedras. Segun Mayans, Grocio llamó *petronios* á los perros de caza, y una ley de los borgoñones *petrúnculus*.

Pepita—*Pituita*, en las gallinas.

Pespunte—*Perpunctum*.

Pestillo—*Pistillum*.

Pezuña—*Pedúnea* de *pede*, pié.

Pimpollo—*Pimpini oculus*.

Plática—*Práctica*.

Pitanza—*Petentia*, lo que se pide; de donde tambien *a petencia*, lo que pide el estómago.

Raigon—*Radicum*, de las raices.

Rascar—*Rascare*.

- Rasgar—*Rasicare*.
 Raudo—*Rabidus*.
 Raspar—*Ruspari*.
 Reja—*Regula*.
 Renco—*Renicus*, de *ren*, riñon; y lo mismo *rengo*, de donde viene *derrengar*.
 Riesgo—*Réseco*, corto, amputo.
 Risco—*Riscus*.
 Ristra—De *restis*, apoyo, lo mismo que *ristre*.
 Rocío—*Roscidus*.
 Rocin—*Runcinus*.
 Rojo—*Rubeus*.
 Romance—*Románice*, á la romana.
 Ropa—*Rauba*, de donde tambien *robo* y *robar*.
 Singlar—*Cingulare*, de *cingulo*, cinta; medir con cinta.
 Silla—*Situla*.
 Sud—*Sub*, el lado de abajo en el mapa.
 Tacaño—*Tocaneus*.
 Tacha—*Tacta*.
 Taladro—*Taratrum*.
 Talud—*Talus*.
 Taller—De *taleare*, cortar, lo mismo que *tallar*.
 Tamis—*Tamisium*.
 Tartana—De *tareta* ó *tarta*, especie de embarcacion.
 Toalla—*Stoffalia*.
 Tonga—*Túnica*.
 Tortuga—*Tortuca*.
 Trabajar—De *traves*, trava, como de vara, *barajar*.
 Trailla—*Trágula*.
 Traje—*Trágicus*.
 Trajinar—*Trahinare*, frequentativo de *trahere*.
 Tramoya—*Trémula*.
 Trance—*Tramitem*.
 Trapo—*Drappus*.
 Trasmallo—*Tramacum*, de *tre*, tres, y *mácula*, malla.

Trocar—*Traucare*, de *trabucare*.

Trovar—*Turbare*.

Trifulca—*Trifurca*.

Trujal—*Torcolaris*.

Tuero—*Torus*.

Tutuma—*Cucuma*.

Tuya—*Thya*.

Ultraje—*Ultraticus*, de *ultra*; más allá de lo que puede tolerarse.

Viaje—*Viaticus*.

Vicuña—*Pecunia*, de *pecus*, oveja; porque ese animal del Perú fué comparado por los españoles con la oveja.

Zafar—*Salvare*.

Zebra—*Cipria*, porque venian de Chipre.

Zurdo—*Stultus*.

V.

En los ejemplos anteriores hemos visto muchas palabras, derivadas ó compuestas en el idioma latino, que pasaron al nuestro como simples. Otras, de ambas formas, tuvieron nacimiento cuando ya estaba en completa actividad el romance castellano; de las cuales veremos rápidamente otros ejemplos, tomados de entre las voces cuyo origen olvida ó trastrueca el Diccionario académico.

Las terminaciones *ano*, *ana*, *ino*, *ina*, abreviadas algunas veces en *an*, *in*, y hasta en *á*, *í*, son de las más fecundas. Añadida la primera al adverbio *yuso*, bajo, dió *yusano*, equivalente ortográfico de *gusano*, como eran equivalentes *sago* y *sayo*, *fagus* y *haya*; de modo que *gusano* viene á significar un sér que está debajo. Añadida á *fuste* hizo *fustan*, lo que rodea al cuerpo ó fuste. Añadida á *periglo*, forma antigua de *peligro*, dió *periglan* ó *perillan*; no mereciendo algun crédito la divertida facecia de Monlau, que adopta la Academia, tocante á un tal *Peró Illan*, como progenitor de esa palabra. En *perillan* el etimologo no puede ver sino la raiz *periglo* y la desinencia *ano*; un *perillan* es un hombre peligroso, que causa y corre peligros.

El femenino *ana* dió á *pavana*, la cola del pavo real, que se adoptó como nombre para una danza grave y majestuosa, y que también dió origen á la frase *zurrar la pavana*, esto es, pegar por la cola, por detrás. También dió á *palangana*, que no era probablemente en un principio, sino una vasija para pesar en la palanca ó balanza; á *roldana*, de *rollo* ó *rolde*; y á *macana*, de maca ó maza. Dista tanto esta última palabra de proceder de Méjico, ni de algun otro lugar de América, que desde el año de 1256, segun documento que extracta el moderno editor de Ducange, un monarca de Portugal dejó á su hijo, entre otras cosas, una soberbia *macana* de metal.

La misma desinencia formó de *madre*, á *marrano*, *marrana*, perteneciente á la madre. Todavía se llaman *marranos* y *marranas* en nuestra lengua los maderos y vigas que se asientan en la madre de las zanjas. Es curioso, segun ésto, que al cerdo y á su prole se calificase en Castilla de diverso modo segun las circunstancias. Si andaba tras de la madre era *marrano*; si todavía mamaba, *lechón*: si estaba gordo, *gorrino*; si guisado ó cocho, *cochino*; y despues que se mataba, se hacia de su pierna ó jamba, un *pernil* ó un *jamon*, de su gordo, *gorrones*, ó sean chicharrones, y de su espalda, esto es, de su dorso ó tozo, *tocino*. Pero otras veces se asaba entero, y entónces, por razones que más adelante veremos, le llamaron en algunas partes *barbacoa*.

La terminacion *ero*, entre otros innumerables derivados, sirvió para llamar al hijo de la oveja, en su edad tierna, *cordero*, de *cordis*, corazon, por alusion á la proverbial inocencia de esta criatura; y *carnero*, cuando grande, cuando su *carne* era la principal, y en muchos puntos la única que iba al matadero; así como en otras partes se llamó al cabrito *chivo*, por ser el *cibo* ó alimento más comun. También dió *ero* de *panada* á *panadero*, y de *salma* á *salmer*, que no proviene, por tanto, del francés *sommier*, sino de una raiz castellanizada desde los tiempos de Isidoro de Sevilla.

Ete formó de *machar* á *machete*, de *cacho* á *cachete*; de *juego* á *juquete*, más inmediato á la raiz *jocus*, juego, que el francés *jouet* de que lo trae la Academia; y de *cabina*, diminutivo de *cavea*, jáula, á *gabinete*, cuyo origen es innecesario rastrear en la lengua celta.

Ate hizo de *desbarar* á *desbarate*; de *escapar* á *escaparate*, cons-

truccion disimulada en el hueco de un muro, para escapar á otro piso, otra casa, ú otra habitacion; y de *dispar*, ó sea *no parejo*, á *disparate*. De este mismo adjetivo *dispar*, y no del italiano, vino el verbo *disparar*, esto es, desemparejar.

Illo hizo á *tobillo*, diminutivo de *tubo*: á *colmillo*, que lo es de *colmo* ó punta; y á *gallillo* ó *galillo*, de *gallo*, por la membrana que ayuda á la emision de la voz por la garganta, y que á algunos cantantes y oradores les hace de cuando en cuando *dar un gallo*. *Illa* á *ladilla*, de *lado*; á *salvilla*, que era el plato con que se hacía la prueba ó *salva* ántes de beber; y á *pandilla*, red de forma *panda*, que no menciona el Diccionario oficial y que dió origen al sentido figurado con que hoy se usa la palabra, como reunion ó redada de mala jente. Y como *panda* tambien se escribió con *t*, dando entre otros á *pantorra*, este último derivado, con la desinencia que ahora nos ocupa, produjo á *pantorrilla*.

La misma desinencia hizo de *traba* á *tarabilla*, que no es más que una epéntesis de *trabilla*, como tambien es epéntesis de la misma raiz, *taravita*, y de *tranca*, *talanquera*. De *fax* ó sea haz, y no de fuego, vino por corrupcion *fogote*, correspondiente al francés *fagot*. De *suerte* salió *sortija*, que era al principio una bolita metálica para echar suertes ó sortilegios, y como luego se adoptaron para lo mismo los anillos, les quedó á éstos el nombre. De *canto*, esquina, salieron *canton* y *cantina*; de *bosque*, *bosquejo*, dibujo en que á la ligera se trazaba un paisaje ó bosquecillo. De *ascia* ó lanza salió *azcona*; de *tamo* ó polvo, *tamal*; de *huso*, *fusil*; de *cieno*, *ciénaga*; de *joya*, *joyel*; de *cebar*, *cebada*; de *pecho*, *pechuga*; de *murado*, *muradal*, que aunque trasformado hoy en *muladar*, no tiene nada que hacer con *mula*, pues era únicamente en su origen el lugar cercano al muro en que se arrojaban las inmundicias de las ciudades. De *munio*, yo guarnezco, salieron *muñon*, *muñeco* y *muñeca*; y de *manta*, *manteca*; voz ajena por completo al idioma sanscrito, que se aplicaba en un principio á lo que hoy llamamos *mantequilla*, á la nata ó manta delgada que cria encima la leche.

Pasando ahora á los compuestos, merecen mencionarse, en primer lugar, los muchos que en nuestra lengua se forman con la adicion de

una *a* prepositiva. Uno de ellos es *aseo*, que no proviene del latín *assiduus*, sino de la preposición *a* y de *seo*, presente de indicativo del verbo *seer*, hoy reemplazado por su frecuentativo *sentar*: un *a-seo* era lo mismo que un *a-siento*. Otro es *apuro*, ajeno á la lengua griega; porque es un conglomerado de las dos voces castellanas que muestra su escritura. Se hacía *a-puro*, ó con pureza, la destilacion de ciertos líquidos y metales en el crisol, de donde vino *apurar*, y el actual significado del compuesto primitivo. Otro es *a-bano*, extraño por su parte á las lenguas germánicas, puesto que se forma de *a* y *vannus*, aventador, instrumento agrícola para echar aire á los granos. Su diminutivo *abanico*, mencionado por la Academia, y el de *abanillo*, que usaba Lope de Vega, equivalen al inglés *fan*, de igual sentido, y más inmediato que ellos al original latino *vannus*. Otro es *a-fan*, que ha dado mucho en que errar á los etimólogos, y que no es seguramente sino variante ortográfica del mismo *a-vannus*. Y así otros muchos compuestos castellanos como *a-leve*, *a-livio*, *a-gravio*, *a-salto*, *a-yuno*, *a-viso*, *a-tajo*, *a-basto*, *a-barrote*, *a-frenta*, *a-barrisco*, que tiene como simples, ó como procedentes de lenguas peregrinas, el docto cuerpo académico de Madrid.

No ménos importantes, aunque no tan numerosos, son los compuestos en que toma parte la preposición *so*, hija de *sub*, debajo, y sus variantes *zo*, *sa* y *za*. Ya hemos visto á *so ombra*, así formado; ahora veremos más.

Somormujo.—*So murmullo*, bajo el murmullo ó murmurio de las aguas. De aquí vienen *somorgujo* y *somorgujon*, ave acuática, que se sumerge con facilidad, á la cual conocemos en América con el nombre corrompido de *saramagullon*.

Sorullo, Zorrollo.—*So-rrollo*; rollo inferior, de debajo.

Sonsonete.—*So-sonete*, ruido tenue y bajo.

Zozobrar.—*Zo-sobrar*, sobrar por debajo.

Zabordar.—*Za-abordar*, abordar por debajo.

Zabullir.—*Za-bullir*, bullir por debajo.

Sacoime.—*Sa-coime*, mayordomo, el coime ó compañero que está debajo del amo.

Zanca.—*Za-anca*, debajo del anca. Le corresponde literalmente el inglés *shank*, y con ligera variacion el alemán *shinken*, jamon.

Zalagarda.—*Za-la-garda*, bajo la guardia; como *solombra*, *so-la-ombra*, bajo la sombra.

Zapata.—*Za-pata*, debajo de la pata.

Zopenco.—*Zo-penco*, bajo el penco, penca ó azote.

Hay otros muchos compuestos, formados con palabras, que aunque procedentes de la lengua madre estaban ya castellanizadas al conglomerarse unas con otras. Algunos de esos componentes han desaparecido como simples; otros conservan su valor y son visibles en la estructura misma de los compuestos que forman.

Tatarabuelo.—*Tras-tras-abuelo*.

Tataranieto.—*Tras-tras-nieto*.

Menoscabo.—*Menos-cabo*, ménos cabeza, mal fin en alguna cosa, porque *cabo* era *cabeza*. Le corresponde el francés *méchef* y el inglés *mischief*. Antiguamente se dijo *moscabo*, de donde el verbo *moscabar*, menoscabar, y el participio *moscabado*, hoy referente al azúcar que merma ó se menoscaba en el envase.

Argolla.—*Aro-golla*, aro para la gola ó garganta.

Pelechar.—*Pelo-echar*, echar pelo, cambiar de plumas las aves.

Armatoste.—*Arma-toste*, arma-pronto, construccion de madera que tarda poco en levantarse; porque *toste*, era un antiguo adverbio de tiempo, que como el francés *tôt* y el italiano *tosto* significa pronto.

Catafalco.—*Cata-falco*, mira el palco, ó tablado. De ahí provino *cada halso*, *cadalso*.

Barlovento.—*Verso-lo-vento*, hácia el viento.

Sotavento.—*Soto-a-vento*, bajo el viento.

Palisandro.—*Pali-sándalo*, palo de sándalo. No está inclusa esta palabra en el Diccionario.

Cornamusa.—*Corna-musa*, musa, instrumento así llamado, provisto de dos cuernos.

Traficar.—*Tras-ficar*, llevar de un lado á otro.

Calagraña.—*Cala-granea*, granos de uva que se caen.

Socaliña.—*Saca-a-línea*, lo que fuera de la línea, ó sea indebidamente, se saca de algun contrato ó negocio.

Calamoco.—*Cala-moco*, moco que baja ó cae, como los carámbanos de nieve que cuelgan de las tejas. De aquí se dijo *calamocano* al

que anda de moco caído, como los borrachos, los viejos y los bobos.

Carámbano.—*Coram-vano*, frente al vano de la ventana ó del edificio.

Carambola.—*Coram-bola*, delante de la bola.

Regüeldo.—*Re-goldo*, re-cuello, pasado el principio del cuello, como en las botellas demasiado llenas ó en los hombres que han bebido ó comido mucho. De ahí, y no de *re-eructare*, viene *regoldar*.

Claraboya.—*Clara-boya*, boja ó circuito por donde entra la claridad. Ni en francés ni en español tiene nada que ver con *voie* ó *vía*.

Barbacana.—*Barba-a-cana*, desde la *barba* ó parte saliente del muro por encima, hasta la *cana* ó canal que conduce las aguas por debajo. Esta es una de las palabras que más han hecho errar á los etimólogos.

Barbacoa.—*Barba-a-coa*, desde la *barba* hasta la *cola*, como el francés *barbe-a-queue* y el inglés *barbecue*. Llamábase así al principio al cerdo ú otro animal asado entero de piés á cabeza, desde el hocico hasta el rabo. Despues se trasladó el nombre al entarimado ó parrilla grande de madera que se usaba en América para asar *barbacoa*; luego á los tablados que construian los indios en la copa de los árboles; y hoy en Cuba á toda especie de desvan ó zaquizamí, sin que deje de tener en otros puntos de América un sentido más análogo al de su origen.

Los últimos ejemplos, así como un gran número de los citados en el trascurso de este trabajo, prueban que la etimología de las palabras está muchas veces de manifiesto en ellas mismas, sin necesidad de ir á buscarla en Diccionarios de extrañas lenguas. Pero otras veces, que son por cierto las más numerosas, hay que tener en cuenta, para depurarla, las variaciones causadas por el tiempo en el sentido ó en la ortografía de las voces. La historia del nacimiento y desarrollo gradual del lenguaje, es por consiguiente un elemento indispensable para la formación de un completo diccionario etimológico, que satisfaga las exigencias de la filología moderna y sirva al mismo tiempo de poderoso auxiliar á la literatura. Y pues ese trabajo no se ha hecho todavía, ni aún siquiera ensayado sériamente en castellano, como tampoco se ha terminado de un modo satisfactorio en otras lenguas más adelantadas

en ese sentido que la nuestra, aún tendríamos que esperar, quién sabe cuanto tiempo todavía, ántes de que puedan verse satisfechos nuestros deseos. Podría añadirse, como compensacion á esta inferioridad en que nos encontramos, y sin temor de incurrir en paradoja, que el dia en que se trace con pluma fiel la historia del nacimiento y vicisitudes de nuestro idioma, podrá perfeccionarse lo mucho que aún permanece por resolver en punto á la etimología de otras lenguas, porque el castellano guarda en su vocabulario, casi sin excepcion, formas más antiguas, en las cuales puede verse, mejor que en otro algun vocabulario, el trabajo de evolucion á que debe su origen el caudal eufónico que hoy sirve de medio de expresion á tantos pueblos diversos.

Miéntras tanto, la duodécima edicion del Diccionario de la Academia Española ha hecho obra meritoria presentando en un cuerpo de volúmen casi todo lo que han escrito autores nacionales y extranjeros sobre etimologías castellanas. Las omisiones que ocurren, y la falta de acierto algunas veces, deben atribuirse á la carencia de datos suficientes, y quedan de todos modos disculpadas ante la magnitud de la tarea.

JUAN IGNACIO DE ARMAS.



CONRADO WALLENROD.

[POEMA DE ADAM MIÇKIEWICZ.]

CANTO VI.

Los Adioses.

(Finaliza.)

Era de invierno una mañana: el viento
Las nieves amontona.
Veloz cual pensamiento
Recorre el valle Wallenrod. Apénas
Del lago encantador llega á la orilla,
Que las murallas de la torre toca
Con el acero que en su diestra brilla;
Y con sonora voz vehemente exclama:
—«Yo soy, Aldona mial
Vivo estoy! vivo estoy! del que te ama
Oye la voz! Tus votos se han cumplido!»

La Reclusa.

¿Es su voz? es su voz? Alfa querido!
 ¿Es cierto, dí? La Paz..! y sano vuelves..!
 ¡Ya no me dejarás!

Conrado.

Oh! nada, nada
 Me preguntes, por Dios! Amiga mia,
 Oye atenta y no pierdas una frase.
 ¡He calmado la sed de mi venganza!
 ¡Todos han muerto, todos! ¿No contemplas
 Del incendio brillar en lontananza
 El siniestro esplendor? Dí, ¿no lo miras?
 Son ay! los lituanenses que destruyen
 Las tierras del germano.
 A reparar desastres tan horribles
 Un siglo fuera en vano.
 Yo he sido, sí, yo he sido
 Quien al mónstruo infernal de cien cabezas
 En la mitad del corazon ha herido.
 De la maldita Orden el tesoro,
 Fuente de su poder, está agotado;
 Las ciudades en ruinas convertidas;
 En un lago de sangre se han trocado
 Las fértiles campiñas.... todo, todo
 Es obra de mi diestra.. ¡me he vengado!
 Venganza más completa
 El infierno jamás inventaría.
 Hombre.. no quiero más. Pasó sombría
 Bajo máscara odiosa
 Mi juventud al hombre degollando;
 Y hoy bajo el peso de vejez tediosa
 La venganza me abruma...



¡El germano invasor es hombre en suma!
El cielo, al fin piadoso,
Iluminó mi espíritu. No ha mucho
Que he vuelto de Lituania, y nuevamente
He visto tu castillo delicioso,
Hoy ruinas solamente.
Torné los ojos, y hácia el valle amado
Que tú conoces, dirigí mis pasos,
Y recordé, llorando mis amores.
Todo está como en tiempo más dichoso;
Los mismos bosques y las mismas flores!
Todo ha quedado cual la noche aquella
De nuestro adios postrer. Me parecía
Que era ayer todavía!
La piedra ¿la recuerdas? la gran piedra,
El fin de nuestras dulces excursiones,
Aún allí permanece; mas el musgo
La cubre, y descubrirla apenas pude
Bajo el follaje espeso de verdura.
Yo he arrancado las hierbas, y la piedra
He bañado con llanto de ternura.
¡Y ese banco de césped, amor mio,
A aquellos bellos olmos arrimado,
Tan grato á nuestro cuerpo fatigado
En las ardientes siestas del estío!
¡Y esa fuente, do alegre y bullicioso,
De Mayo en la mañana sonriente
Su linfa te brindé . . . ! todo en silencio
A contemplarlo fuí . . . nada he olvidado . . .
Hasta el jardin donde planté . . . ¿recuerdas?
Los sauces macilentos Ay! Aldona,
Esos tiernos arbustos que en la arena
Plantó mi diestra en venturosos dias,
Hoy árboles frondosos,
Reconocer en vano intentarías!

Piramidal follaje los circunda,
Y allí la flor gentil se balancea
A su aspecto, mi pecho
Dulce consuelo inunda;
Presentimiento de futura dicha
Refresca el alma mia: ardiente estrecho
Al sáuce aquél contra mi seno amante,
Y caigo de rodillas.—«Oh, Dios mio!
Sollozando exclamé, que llegue un dia
«En que al valle paterno retornando,
«Felices habitantes de Lituania,
«Revivir el pasado contemplemos;
«Que como el sáuce el corazon florezca,
«Y alegre la esperanza reverdezca!»

Tornemos á Lituania; sí, tornemos!
Tengo influjo en la Orden, y tus puertas
Yo puedo hacer abrir; pero, ¡qué digo!
Aunque más duras que bruñido acero
Fuesen, no importa, yo las abriria.
Llevarte al valle de la dicha quiero
Sí más léjos anhelas, en mis brazos
Te he de llevar . . . no temas!
¡Eternos son de nuestro amor los lazos!
En Lituania hay desiertos todavía.
Las sombras mudas del frondoso bosque
De Bialoviez, que nunca perturbaron
El fragor de las armas enemigas,
Ni el grito de orgullosos vencedores,
Ni del vencido hermano los clamores
Allí en agreste asilo, allí en tus brazos
Olvidaré que el Universo existe.
Léjos, léjos del mundo
Vivirémos los dos Habla y responde
A estos acentos de mi amor profundo!»

Mas Aldona callaba,
 Y Conrado tambien: *él*, anhelante
 Su respuesta aguardaba. . . .
 La aurora ya el Oriente enrojecia.
 —«Por Dios, responde, Aldona;
 Habla, mi bien, que nos sorprende el dia.
 Despertarán los guardias, y á la Orden
 Nos pueden denunciar!» Así impaciente
 Exclama Wallenrod: la voz le falta,
 Y de rodillas, y llorando implora.
 Piedad demanda su ánimo turbado,
 Y abraza de la torre el muro helado.

La Reclusa.

Es demasiado tarde aunque quisiera.
 Fuerzas me ha de prestar piadoso el cielo
 En esta amarga prueba postrimera.
 Cuando salvé el umbral de esta morada
 Juré sólo dejarla por la tumba.
 ¡Cuánto conmigo misma yo he luchado!
 ¿Y á arrebatarme vienes la victoria
 Que con lágrimas tantas he alcanzado?
 La que hoy anhelas devolver al mundo
 ¿Sabes quién es? fantasma miserable!
 Piensa, piensa, Alfa mio, si un momento
 Me decidiera á oírte; si dejára
 Un instante mi triste calabozo;
 Si de mi amor movida, en un transporte
 A tus brazos volára!
 Nunca, nunca, amor mio! Si al mirarme
 Quisieras conocerme, y no pudieras
 Reconocer de Aldona las facciones,
 Y huyendo horrorizado,
 Alfa, me rechazases y dijeras;

«¿Y es ese espectro odioso
Aquella Aldona al corazón amada?»
Si en su extinta mirada
Luégo buscáras... ay! la sola idea
De angustia llena mi alma desolada!
Oh! nunca! nunca! la infeliz reclusa
De aquella Aldona que miraste hermosa
La imagen borraré... Sí; lo confieso...
Yo misma... sí... perdona, amado mío,
Cuando la luna brilla esplendorosa
Y oigo tu caro acento,
Tras de los muros mi semblante escondo,
Pues temo más de cerca contemplarte.
¡Sin duda no eres hoy lo que ántes eras!
¿Te acuerdas ay! (el alma se me parte,
Que han pasado ya tantas primaveras),
Cuando en el patio del castillo entrabas
En medio de aguerridos campeones?
Tu fresca imagen en el alma aún guardo,
Tus miradas conservo todavía
Y aún el hermoso traje que llevabas.
Así alegre y pintada mariposa
En el ámbar ahogada, para siempre
Conserva de sus alas los colores.
¿No vale más permanecer, bien mío,
Como fuimos en épocas mejores?
A los felices los alegres valles!
Esa tumba de piedra á mí me basta,
Y me basta saber que aún estás vivo
Y que puedo escuchar tu voz amada
Cuando empieza á surgir la noche umbría.
Aún en esta morada
Muchas desgracias endulzarse pueden.
Renuncia para siempre á las traiciones;
Con más frecuencia á visitarme torna,

Y prolonga las horas de mi dicha.
 Si como allá pudiera
 Tu diestra en estos llanos dilatados
 Plantar de sauces una hermosa hilera
 Si mis flores, mis árboles amados,
 Si esa piedra del valle
 Dado te fuera trasplantar; si á veces
 Los niños de la aldea, juguetones,
 En torno de mis árboles llegáran,
 Y tejiendo guirnaldas con las rosas
 En coro repitieran sus canciones!
 La cancion lituaniense, Alfa querido,
 Hace soñar me haría
 En tí soñar y en mi Lituania amada!
 Ah! despues de mi muerte
 Que prosigan cantando en nuestras tumbas
 De Alfa y Aldona la contraria suerte!»

Conrado no oye nada.
 Sin objeto, ni idea, sin deseos
 Recorre la ribera desolada.
 En su curso salvaje, impetuoso,
 Sólo encuentra un consuelo, la fatiga!
 Fuego interior abrúmale entre tanto
 Enmedio del invierno: presuroso
 Se arranca la coraza y luégo el manto;
 Desgarra su brillante vestidura
 Con ímpetu violento;
 Arranca todo de su pecho, todo,
 Excepto su tenaz remordimiento!

Ya á los albores del naciente día
 De la ciudad ante los muros llega.
 Una sombra percibe . . . se detiene
 Síguela con los ojos; mas la sombra

Ocúltase veloz . . . : por la ancha vega
 Deslízase con paso silencioso,
 Y al fin se pierde, y sólo de: «¡Desgracia!»
 El grito por tres veces repetido
 En los valles resuena misterioso.

Alfa, á ese grito, súbito despierta.
 Se sorprende, medita un solo instante,
 Y todo lo adivina. La tajante
 Espada empuña y permanece alerta.
 Inquieto fija en derredor la vista,
 Y mira solamente
 Torbellinos de nieve en las montañas,
 Y oye el cierzo que gime tristemente.
 Mira de nuevo el lago silencioso;
 Detiénese un momento,
 Luégo dirige el vacilante paso
 A la torre de Aldona, y desde léjos
 Llega á entrever su forma entre las rejas.
 —«Buenos dias, mi amor! Por luengos años
 La noche sola vió mis alegrías
 Mas hoy ¡feliz presagio, venturoso!
 Puedo decirte, Aldona, buenos dias!»

La Reclusa.

No más presagios: basta, amado mio.
 Ya hermoso esplende el matinal lucero
 Nos pueden ver: tus tentaciones cesen
 Ah! que ni puedo ni salir yo quiero!

Alfa.

No hay tiempo que perder. ¿Sabes, Aldona,
 Lo único que te pido, lo que anhelo?

Sólo una flor, sólo una flor te pido!
Mas ah! que aquí no hay flores!
Una cinta ó un rizo de tus trenzas,
De la torre un guijarro solamente.
Mas hoy, mas hoy las quiero, que mañana
Ay! el *mañana* á nadie pertenece!
Algun recuerdo nuevo que en tu seno
Hoy haya reposado,
Y tus lágrimas hayan hoy regado.
Antes que muera, contra el seno mio
Yo lo quiero estrechar, darle en un beso
El postrimer adios, Aldona amada;
Porque debo morir, morir bien pronto
De una violenta muerte . . . Ah! si pudiese
La muerte reunirnos! ¿No contemplas
Aquella torrecilla, que imponente
Destácase no léjos? Allí debo
Vivir, mi amor. Pondré cada mañana
Negra banda en su reja, y en la noche
Colocaré una luz en su ventana.
Si yo arrojó la banda; si se extingue
La luz ántes que el dia,
Cierra al punto tu reja, porque entónces
No he de volver á verte, Aldona mia!
Adios! adios!»—Y parte, y desaparece.
Clavada allí á la reja
Aldona pensativa permanece
Y con la vista búscale anhelante.
Y pasa la mañana, el sol declina,
Y siempre ver se deja
En la ventana su cendal flotante
Por el viento agitado,
Y extendidas á tierra
Sus breves, blancas manos.—«¡Ocultado!»
Alfa díjole á Halbán, y le mostraba

La luz del sol poniente
Que la alta torre iluminó sombría.
En esa torre con los ojos fijos
De la reclusa en los callados muros,
Alfa miraba deslizarse el día.

—«Dáme la espada, el manto!
¡Adios, fiel servidor! Voy á la torre
De la reclusa adios; amigo mio,
Para siempre tal vez! El tiempo corre.
Oyeme, Halbán, si al despuntar el día
No me vieras volver, deja al momento
Esta mansion sombría!
Quisiera mi postrero pensamiento
Comunicarte, Halbán estoy tan solo!
Tan solo bajo el cielo
En la hora postrera de mi vida!
Tengo algo que decirte óyeme atento . .
Adios, Halbán! Mas si al lucir la aurora
De mañana no hubiera yo tornado,
Esta banda que ves, desde mi reja
Arrojarás, y quedará advertida
Aldona; no lo olvides . . Mas . . ¿qué escucho?
Llaman . . ¿no oyes? Vienen por mi vida!»

—¿«Quién vive?—Con acento furibundo
Por tres veces exclama el centinela.
—«Desgracia!»—le responden muchas voces.
Ante el número cede el guarda, y cede
La puerta ante los golpes repetidos.
Ya recorren las bajas galerías
Los guerreros, en grupos divididos;
Ya la espiral de hierro
Que á la celda conduce de Conrado
Resuenan rudamente

Bajo los pasos del guerrero armado.
 Una barra de hierro Alfa coloca
 En la maciza puerta:
 Empuña el sable con la diestra mano,
 Toma la copa, á la ventana corre
 Sorbe un trago y exclama:
 «¡Todo ha acabado! A tu salud, anciano!»

Y palidece Halbán, y de Conrado
 Quiere la copa arrebatarse; mas duda
 Reflexiona un instante . . se detiene;
 Y detrás de la puerta más siniestro
 De las pisadas óyese el ruido . . .
 Deja caer la mano murmurando:
 —«Ellos son! ellos son! . . . está perdido!»
 —«Halbán, ¿has comprendido?
 ¿En qué piensas? Tu copa está colmada!
 Yo he apurado la mia
 Ahora á tu turno, Halbán!»

Triste mirada

Fija el anciano en él, y con sombrío
 Acento le responde:—«Nó! yo debo
 Sobrevivirte ¡oh Dios! quiero, hijo mio,
 Tus párpados cerrar; quiero que el mundo
 El recuerdo conserve de tu gloria;
 Cantar quiero á los siglos venideros
 Tu noble sacrificio y tu victoria!
 Iré á Lituania; allí de valle en valle,
 De morada en morada,
 De ciudad en ciudad, en todas partes
 Les hablaré de tí: si libre entrada
 En castillos me niegan,
 Haré que escuchen mi canción alada.
 La dirá el Vaydelota al combatiente
 Durante la batalla;

Y la madre en la cuna al pequeñuelo
Besándole la frente.
De esa canción sombría
Nacerán nuestros bravos vengadores
En no lejano día!»

Fija de la reclusa en la elevada
Torre sus ojos, y en silencio llora
Largo tiempo Conrado,
Cual si anhelara en su postrera hora
Absorberse en el rostro idolatrado
De la que va á perder. A Halbán abraza,
Y su llanto confunden y suspiros.
Ya rompen los cerrojos los aceros:
Entran furiosos, y su nombre escucha
En los labios de aquellos caballeros.

—«¡Traidor! bajo la espada vengadora
Va á rodar tu cabeza!
En esta de tu vida última hora
Resígnate á tu suerte.
De la Orden te espera
El digno capellan; tu alma culpable
Purifica; prepárate á la muerte!»

Y Wallenrod aguarda espada en mano
A aquellos agresores. De repente
Palidece, se apoya en la ventana,
Y una mirada de amenaza, ardiente,
Lanzando en derredor, del albo manto
Y del Grande Maestro las insignias
Súbbito se despoja,
Y con sonrisa desdeñosa al punto
A los piés de la turba los arroja.

—«De mi vida los únicos pecados
 Esos son: á morir estoy dispuesto.
 De mis hechos pasados
 Permitid que os dé cuenta. Ved! millares
 De insepultos cadáveres; en ruinas
 Vuestras bellas ciudades; incendiadas
 Vuestras aldeas, vuestros campos, yermos. . . .
 ¿Oís cual rugen fieros aquilones?
 Montes de nieve arrastran, y de frío
 Ya mueren los diezmados batallones.
 ¿No oís del can famélico el ladrido?
 Los restos del banquete se disputan;
 ¡Y yo la causa he sido!
 ¡Yo he sido quien lo ha hecho! Yo soy grande!
 Orgullo tengo en ello. Haber tronchado
 Las cien cabezas de la hidra odiosa
 De un golpe solo, y cual Sanson pujante
 Haber el edificio desplomado
 Y entre sus ruinas perecer triunfante!»
 Dice, y los ojos fija en la ventana,
 Y cae inanimado; pero ántes
 Lanza al suelo la lámpara, que en torno
 Tres órbitas describe rutilantes
 De Conrado en la frente fulgurando.
 Y el fluido se inflama;
 En torno esparce una rojiza llama,
 Ténue luz luego arroja, palidece,
 E ilumina los ojos de Conrado.
 La lámpara se extingue, y en sus ojos
 Tambien el sol de vida se ha apagado!

Y en ese mismo instante, y de repente
 Al través de los muros de la torre
 Prolongado clamor se oyó estridente.
 ¿De dó viene ese lúgubre gemido?

Mas todos reconocen fácilmente
Que el corazon que ese gemido lanza
Ya mudo para siempre habrá quedado.
Ay! en ese clamor, grito de muerte,
Toda un alma ha vibrado!

Bajo un golpe violento
Así las cuerdas de un laúd resuenan,
Y hechas trizas estallan al momento.
En sus acordes anunciar parecen
El preludio de un canto sobrehumano,
Mas ay! el fin de esa cancion hermosa
No la espereis oir... pues fuera en vano.

ANTONIO SELLEN.



MR. PARNELL EN WICKLOW (1).

El lunes 5 de Octubre efectuóse en Wicklow la primera en la serie de *convenciones nacionales* ordenadas para designar los candidatos de los distritos irlandeses en la eleccion general. Asistieron á ella varios

(1) Traducimos del *Times* de Lóndres este importante documento en que aparecen vigorosa y explícitamente formuladas las aspiraciones del partido autonomista irlandés, por el más autorizado y distinguido de sus jefes parlamentarios. Irlanda no ha podido encontrar en la representacion de un Parlamento único sino la sancion del odioso sistema de gobierno que ha sumido en la miseria y mantiene en perenne estado de latente insurreccion á aquella parte de sus hijos que no han podido ó que no han querido buscar en las angustias siempre amargas y tristes, cuando no fatales, de la emigracion á climas distantes, la seguridad de sus personas, el bienestar material y el ejercicio de todos los derechos.

El ejemplo de Irlanda es enseñanza elocuentísima de la suerte que tendrían las colonias inglesas el dia infausto en que se realizase la hermosa quimera de la *federacion imperial*. Afortunadamente, el Canadá no favorece el proyecto, al extremo de que el Marqués de Lansdowne, actual Gobernador General del Dominio, en un banquete que le dieron en Victoria, (Colombia británica), la noche del 12 de Octubre último, declaró que estaba por la continuacion de las actuales relaciones ántes que llevar á cabo la federacion; que miraría con temor cualquier intento, por bien intencionado que fuese, de inventar un sistema fiscal aplicable á las diferentes partes del Imperio británico con sus diversas necesidades y hasta,—dijolo con temor,—sus incompatibles intereses; terminando por condenar la *federacion imperial*, porque los representantes de las colonias se perderian en la Cámara de los Comunes. Parece, además, que no hay siquiera un periódico notable que ampare la idea de la federacion.

En cuanto á la eficacia de la representacion en las Córtes de la nacion, el lector cubano ha de pertenecer al número de los convencidos, ya que los resultados han sido tan funestos como fueron previstos.—MANUEL VILLANOVA.

miembros del Parlamento pertenecientes al *partido nacional*, incluyéndose á Mr. Parnell, Mr. O'Kelly, Mr. Harrington, Mr. Corbett y Mr. Sexton. No bien llegó Mr. Parnell, fué conducido á la Casa Consistorial y allí le presentaron una exposicion á nombre de los Comisionados de la poblacion.

Despues la convencion, presidida por Mr. Parnell, siguió celebrándose en privado en la Casa del Ayuntamiento.

Con sujecion á una de las reglas, Mr. E. P. O'Kelly, de Baltinglass, produjo un acuerdo escrito en que se proponia para candidato á Mr. Wm. J. Corbett, uno de los actuales representantes parlamentarios del condado. Fué apoyado el acuerdo por Mr. Wm. Byrne, de Milton, y entónces el Presidente pidió á Mr. Corbett que, en presencia de la convencion, firmase la siguiente promesa: «En el caso de que yo sea elegido para el Parlamento, me obligo á tomar posesion, proceder y votar con el partido parlamentario irlandés, y si en una reunion del partido convocada por oportuno aviso para considerar especialmente la cuestion, se determinase, por un acuerdo apoyado por la mayoría de todo el partido parlamentario, que yo no he cumplido mi anterior promesa, me comprometo por esto á resignar mi puesto». Mr. Corbett suscribió el compromiso, y la propuesta adoptóse por unanimidad. En seguida, por escrito se propuso, como segundo candidato, á Mr. Garrett Byrne, representante por el Condado de Wexford. Fué apoyada esta proposicion y aceptada sin discusion ó disentiimiento luego que Mr. Byrne, á peticion del Presidente, hubo firmado asimismo el compromiso mencionado.

Terminados ya los asuntos de la convencion, Mr. Parnell, desde un tablado que se habia levantado en frente de la Casa del Ayuntamiento, habló á una reunion pública. En contestacion á un discurso que se le presentó de parte de la Liga Nacional, dijo:

Alégrome de que se me ofrezca la oportunidad, en esta reunion importante, de expresar mis gracias á la Liga Nacional de esta poblacion por la benévola exposicion que me ha dirigido, (Una voz: «Os damos la bienvenida») y deseo al mismo tiempo manifestaros la gran satisfaccion y el grandísimo aliento que á mis colegas y á mí nos han proporcionado los actos de la convencion de hoy. En esa convencion, á que asistieron cuarenta del clero del condado y ochenta delegados electos, de todos los puntos del condado, la candidatura de Mr. Corbett, vuestro probado Representante, y de Mr. Garrett Byrne, que calzó las espuelas del caballero al servicio del gran condado vecino de Wexford, fué unánimemente proclamada, sin un voto siquiera de disentiimiento ó desunion. Pienso, pues, que tengo razon para que vos-

otros y yo mismo nos congratulemos por los procedimientos de nuestra convencion y para confiar en que servirán de modelo al resto de Irlanda, en la importantísima serie de reuniones que en breve se habrán de realizar con ánimo de cumplir con un deber semejante al que hoy vuestros delegados tan satisfactoria y patrióticamente han desempeñado.

Innecesario es que hable yo de los méritos de vuestros candidatos. Muchos años ha que conoceis á Mr. Corbett. Le habeis conocido como Representante vuestro y os unireis á nosotros al declarar que jamás miembro que inspirase más confianza, ni más hábil, ni que causase más satisfaccion, penetró en la Cámara de los Comunes de Inglaterra á representar á un cuerpo electoral irlandés. Como colegas suyos, podemos dar testimonio de sus méritos, que se han patentizado una y otra vez en muchos momentos de prueba.

Nunca dejó de responder á nuestro llamamiento, y la experiencia de los últimos cinco años nos ha enseñado á mirar á Mr. Corbett como hombre que estaria siempre en su puesto cuando el deber requiriese su presencia, como hombre el más avanzado siempre en mantener la union y la integridad del partido y la voz de la mayoría; y abrigamos confianza plena de que en lo futuro, en el nuevo Parlamento que ha de llegar, en la gran crisis que confiadamente esperamos ha de acabar por obtener vuestras libertades, continuará aumentando aquellas constantes pruebas que de su mérito y fidelidad ha presentado ante nosotros. Por Mr. Byrne, vuestro segundo candidato escogido, tengo que decir que durante tres años de gran prueba, y hasta que su salud se quebrantó, le encontramos en su puesto constantemente, de dia y de noche, fiel entre los más fieles, y cuando hubo renegados que nos abandonasen, (Quejas contra Mr. M'Coan), influidos por la intimidacion y por el propio medro, Garrett Byrne mantúvose firme, y mostró que estaba tallado en la madera de su bisabuelo, Garrett Byrne, de Ballymanus. (Vítore ruidosos.) Dámosle, pues, la bienvenida, al regresar á nuestras filas, con amor y confianza de que otra vez en él encontramos un conveniente mantenedor de la honra de nuestro condado de Wicklow y de Irlanda.

Y ya que hemos tratado de los procedimientos de la convencion de hoy, puede acaso permitírseme que toque uno ó dos asuntos de gran interés é importancia pública y general en el momento presente. Cuando yo hablé en público la última vez en Irlanda, expresé mi conviccion de que en el nuevo Parlamento debiéramos formar nuestro programa de un solo artículo y que ese artículo fuese la independendencia legislativa, y que debiéramos hacer prosperar ese artículo con el mis-

mo éxito feliz que, en el último Parlamento, alcanzamos para otros artículos subordinados, como la extensión de la franquicia electoral y otras semejantes. La prensa inglesa, y algunos, aunque no todos los jefes ingleses, recibieron aquella declaración con una tormenta de desaprobación, y nos han dicho que la concesión de un Parlamento independiente á Irlanda es imposible, (Aplausos y gritos de «Nos proponemos conseguirlo»), y nada de lo que ha ocurrido en el intervalo ha disminuido en el más pequeño grado mi confianza en nuestro próximo éxito. Todo lo contrario, muchísimo de los que nuestros enemigos han dicho con referencia á esta pretensión nuestra, ha aumentado mucho mi confianza.

Prácticamente admiten ellos que no puede permitirse que las cosas continúen como están, que es imposible retener á un pueblo desinclinado y á representantes renuentes, en conexión legislativa forzada con los otros dos Reinos. (¡Oid, oid!) Ellos admiten que debe haber algún cambio; mas las dos condiciones que ponen respecto de este cambio son: la primera, que la separación de Irlanda de Inglaterra no sea consiguiente á la concesión de independencia legislativa á Irlanda, y la segunda, que no se nos permita proteger nuestras manufacturas á costa de las de Inglaterra. Trataré brevemente de ámbos puntos. Hemos visto á Mr. Gladstone, el más grande de los estadistas ingleses vivos, declarar en el notable manifiesto dado por él hace una ó dos semanas, que está dispuesto á considerar nuestras demandas, con tal que la concesión de ellas no envuelva la primera de estas condiciones: es decir la separación de Irlanda de Inglaterra. (Una voz: «Nada lograremos de él»). Por otra parte tenemos á Mr. Chamberlain,—que si no es político tan distinguido ni hombre tan experimentado, por lo ménos es, indudablemente, una gran fuerza en el partido liberal inglés,—declarando que está inclinado á darnos una cámara legislativa de alguna especie, siempre que no tenga facultad de proteger nuestras manufacturas en daño de las manufacturas de Inglaterra. Me fijaré, primeramente, en el último punto. Hemos de insistir en un Parlamento que tenga poder de proteger las manufacturas irlandesas, si la voluntad de ese Parlamento y del pueblo irlandés fuera que se protegiesen. (¡Oid, oid!) No me toca decir prematuramente cuáles deberían ser las decisiones de esa asamblea irlandesa libremente elegida. Puedo tener mi opinión en cuanto á la mejor línea de conducta que esa asamblea haya de seguir; mas he sostenido que ninguna asamblea parlamentaria funcionará satisfactoriamente como no posea ilimitado poder en asuntos irlandeses, como no posea ilimitado poder de levantar fondos destinados al gobierno de Irlanda, de la manera que le parezca conveniente y mejor á esa asam-

blea. Soy de opinion,—opinion que ya ántes he emitido,—que sería prudente proteger ciertas industrias irlandesas por algun tiempo. Es imposible que nos recuperemos de las pérdidas que hemos sufrido al empezar la fabricacion—debidas á la legislacion de Inglaterra, adversa, en pasados tiempos, á las industrias irlandesas,—á no ser que protejamos aquellas industrias, no muchas en número, que son susceptibles de medrar en Irlanda. No es mi opinion que sería necesario proteger esas industrias por largo tiempo, ya que sería posible que, á continuar la proteccion dos ó tres años, nos daría aquella fuerza inicial que hemos perdido á causa de la nefaria accion legislativa de Inglaterra en tiempos pasados. (¡Oid, oid!) Pienso que Irlanda nunca llegará á ser una nacion manufacturera de tal importancia que afecte de una manera sensible á los artefactos de Inglaterra; pero creo que hay varias industrias que prosperarian ó podrian hacerse prosperar en Irlanda. (¡Oid, oid!) Respecto de muchas otras especies de industrias cuyos productos nos vemos obligados á buscar en el mercado inglés, pienso que tendríamos aún que ir á ese ó á otros mercados á abastecernos, por razones naturales que ahora no tengo tiempo de exponer. Mas para Irlanda pido esto: que si el Parlamento irlandés de lo futuro considera que en Irlanda existen ciertas industrias que pueden beneficiarse por la proteccion, que pueden fomentarse por la proteccion y colocarse en tal posicion que les permita competir con industrias semejantes de otros países, á virtud de leyes protectoras, durante algunos años, ese Parlamento debe estar investido del poder de llevar á cabo esa política. No estoy llamado á predecir la extension con que haya de usarse ese poder; pero sí digo á los radicales ingleses y á los liberales ingleses, que es ocioso que hablen de sus deseos de hacer justicia á Irlanda, cuando, por motivos de egoismo, rehusan reparar la más patente de todas las injusticias:—la destruccion de nuestras fábricas por Inglaterra en lo pasado,—cuando rehusan reparar esa injusticia, dándonos el poder que estimamos suficiente á levantar aquellas industrias comparativamente escasas en que Irlanda, por sus circunstancias, está llamada á sobresalir.

Ahora avanzaré un poco más y trataré de la pretension formulada de que alguna garantía presentemos por que la concesion de facultades legislativas á Irlanda no conduzca á la separacion de Irlanda y de Inglaterra. Esta pretension es de aquellas que á primera vista parecen naturales. Puede parecer prepósteros, é indudablemente sería prepósteros, pedir á Inglaterra que nos proporcionase una máquina que por declaracion nuestra habríamos de aplicar á producir la separacion de los dos países, ó que silenciosamente aceptásemos con la intencion de usarla

para ese fin. Pero hay una gran diferencia entre abrigar tal intencion, ó anunciar tal intencion, y dar garantías de que no se hará uso de esa intencion. (¡Oid, oid!) No es posible que la inteligencia humana prevea el porvenir en estos asuntos; mas podemos indicar esto: podemos indicar el hecho de que en ochenta y cinco años de conexion parlamentaria con Inglaterra, Irlanda ha llegado á ser intensamente desleal, intensamente descontenta; que, á pesar de la llamada política conciliadora de los *whigs*, de conciliacion y de coercion alternas, y de medidas de mejoramiento, ese descontento ha profundizado y se ha hecho más intenso de dia en dia. ¿No tengo, pues, razon para inferir que una de las raíces del descontento, del sentimiento de deslealtad está en el hecho de haberse Inglaterra arrogado la administracion de nuestros asuntos? Ellos admiten que el actual sistema no puede continuar. Y ¿qué, pregunto yo entónces, van ellos á poner en su lugar? Mi consejo á los políticos ingleses que estudian esta cuestion sería éste: Poned confianza ilimitada en el pueblo irlandés ó negad-sela de todo en todo. (¡Oid, oid!). Dad á mano llena y abierta. Dad á nuestro pueblo poder de legislar en sus asuntos domésticos, y podreis estar seguros de una cosa, que el deseo de separacion, los medios de lograr, por lo ménos, la separacion, ni crecerán ni serán más intensos, sea cual fuere el poder que los gobernantes ingleses tengan de atraerse las simpatías del pueblo irlandés, destruyendo el abominable sistema de union legislativa entre los dos países—concediendo ámplia y liberalmente á Irlanda el derecho de manejar sus propios asuntos.

Nos es imposible dar garantías; pero podemos señalar al pasado. Podemos mostrar que la historia de la dominacion inglesa es una constante serie de pasos de lo malo á lo peor, y que la condicion del poder inglés, en el momento presente, es más insegura é inestable de lo que fué jamás. Podemos señalar el ejemplo de otros países—al Austria y á la Hungría—al hecho de que Hungría, luego que se le concedió gobierno propio, convirtióse en uno de los más fuertes factores del imperio austriaco. (¡Oid, oid!). Podemos mostrar que los poderes liberalmente concedidos á todas las colonias mayores—incluyendo ese mismo poder de proteger sus propias industrias á costa de las de Inglaterra—no han producido otra cosa que resultados beneficiosos. Podemos mostrar que la desafeccion ha desaparecido en todas las grandes colonias inglesas; que en tanto que el irlandés que vá á los Estados Unidos de América lleva consigo un ódio ardiente contra el gobierno inglés, y ese ódio ardiente vive constantemente en su corazon, nunca lo deja, pasando en herencia á sus hijos, el irlandés de la misma aldea, de la misma parroquia y del mismo municipio, maltratado, lanzado al camino, vá á

una colonia como el Canadá ó á una de las colonias de Australia, encuentra allí otro sistema de gobierno inglés diferente de aquel á que estuvo sometido en su país, conviértese por manera notable en ciudadano leal y en fuerza y sostén de la comunidad en que ha fijado sus destinos. Olvida las amargas memorias de los rigores de Inglaterra en su país, y no por más tiempo continúa mirando el nombre de Inglaterra como el símbolo de oposicion y la divisa de las desgracias de su país.

Digo que es posible, y es deber de todo repúblico inglés en la época presente, inquirir y examinar por sí mismo, con ojos bien abiertos, y dar por terminada la imposible tarea,—que se considera imposible,—de ir delante en el continuo desgobierno de Irlanda, al persistir en gobernar á nuestro pueblo por un pueblo externo, que no conoce las verdaderas necesidades de nuestra pátria. Y convencido estoy de que si se aprenden estas lecciones, el político inglés que sea bastante grande y bastante poderoso para llevar á cabo estas enseñanzas y hacerlas aceptar por su país y que otorgue á Irlanda plena libertad legislativa, poderes ámplios de manejar sus propios asuntos domésticos, será mirado en las futuras edades, por sus mismos conciudadanos, como el que haya disipado el más grande de los peligros que amagan al Imperio británico; peligro,—firmemente lo creo,—que si no se disipa, algun dia encontrará,—acaso no en nuestro tiempo, pero ciertamente más temprano ó más tarde, la oportunidad (Una voz: «Dios la envíe»), de vengarse con la destruccion de ese Imperio británico que ha sido la desgracia, la opresion y el desgobierno de nuestro país. (Aplausos ruidosos).

Mr. Corbett y Mr. Garrett Byrne, los candidatos recién electos, dirigieron la palabra á la reunion, como asimismo lo hicieron los señores Sexton, miembro del Parlamento, y O'Kelly, con lo que el acto se terminó.



MISCELANEA.

NOTICIAS CIENTIFICAS.

En 1889 se celebrará en París un congreso antropológico.

—El sábio inglés Mr. Thomas Davidson ha muerto en Lóndres el 17 de Octubre.

—El 27 de Octubre comunicó M. Pasteur á la Academia de Ciencias de París que se puede practicar la inoculacion del vírus rábico y que ha curado varios casos de hidrofobia. El doctor Vulpian ha apoyado las aseveraciones de su eminente colega.

—En la misma sesion de la Academia dió cuenta M. Deprez de una experiencia completamente satisfactoria, para trasmitir á distancia la fuerza eléctrica. Una corriente de cuarenta caballos de fuerza fué trasmitida á distancia de 58 kilómetros, entre Creil y la Villette, sin que se calentase el alambre. El baron Rothschild ha pagado los costos del experimento.

—El profesor Huxley ha dejado la presidencia de la Sociedad Real de Lóndres, á causa de su mala salud. Será su sucesor el profesor Stokes.

NOTICIAS LITERARIAS.

Se anuncia la inmediata publicacion de una nueva obra de Mr. Renan, *Le prêtre de Némi*, en que el autor expresa su opinion sobre la

democracia y el papel que ha representado en los pueblos de la antigüedad.

—Mr. Jules Claretie ha sido nombrado administrador del Teatro Francés, en sustitución de M. Emile Perrin.

—Herbert Spencer ha dirigido á Mr. Charmes, el conocido estadista y colonista francés, una carta, felicitándolo por el estudio que ha publicado en el *Journal des Debats* sobre su opúsculo *El individuo frente al Estado*.

—El general Tcheng-Ki-Tsong, ya conocido como escritor francés por su obra *Les Chinois peints par eux-mêmes*, está publicando en *Le Temps* una série de estudios sobre el teatro chino.

—M. Alexandre Dumas ha pronunciado un discurso en el entierro de M. Perrin.

—Entre las curiosidades literarias que han visto la luz recientemente, se destacan dos epigramas latinos del papa actual Leon XIII, y un soneto *A la Vierge*, escrito en 1855 por M. Henri Rochefort.

—M. Achille Fouquier ha traducido al francés las poesías y leyendas en prosa de G. Becquer.

—M. Zola ha escrito al *Figaro* un artículo humorístico, en que ridiculiza á las autoridades que han prohibido la representación de su drama *Germinal*.

—Las novedades teatrales de la próxima estación en París serán *Un Parisien* de M. Gondinet; *Chamillac* de M. Octave Feuillet; *Georgette* de Victorien Sardou; y *Hamlet* de MM. Alexandre Dumas y Paul Meurice.

—William Morris, el poeta socialista, autor de *The Earthly Paradise*, ha publicado un manifiesto, aconsejando al pueblo irlandés que se convierta al socialismo.

ERRATAS.

En el artículo del Sr. Bachiller *Error político de D. Félix Varela*, se encuentran las siguientes:

		<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
Página 279	línea 2.	los nuestros	las muestras
» 282	» 21.	que en accion	que erudicion